

LA AMISTAD ESPIRITUAL⁸ COMO AMOR DE AMISTAD
EN SAN ELREDO DE RIEVAULX⁹

Después de una introducción, en la que explico exactamente la perspectiva de este estudio, (1.) trato de mostrar la importancia de las relaciones de amistad en la vida del hombre, y en consecuencia analizo la temática de la amistad, (2.) en el *Speculum caritatis* y (3.) en el *De Amicitia spiritali* del cisterciense Elredo de Rievaulx.

Introducción: Amistad espiritual o amor de amistad

Elredo ve la amistad como una forma de la caridad. Para él, la relación de amistad da la posibilidad de profundizar la caridad, permitiendo vivirla como *caridad de amistad*.

No quiero dejar de señalar que en esto el abad de Rievaulx se coloca en la línea de san Bernardo para el cual *la caridad es la madre de las amistades*¹⁰, de aquí nace aquel amor por el cual el otro es amado en Dios y esto con un *interés* verdadero, espiritual –no egoísta–, con ventaja para ambas partes. Es por eso que en su *Carta 90* recomienda el amor [la caridad] *de amistad*:

Pensemos en amar y hacernos amar buscando [*consulentes* = buscando el interés] en un caso nuestro provecho y en el otro el de quien nos es querido [*amemus et amemur, in altero nobis, in altero nostris consulentes*], porque aquellos que amamos son aquellos en cuyo seno podemos reposar, asegurando a aquellos por los cuales somos amados la paz en nuestro seno. Por lo tanto amar en el nombre del Señor significa tener caridad [*amare in Deo, caritatem habere est*]; buscar hacerse amar por amor de Dios significa hacer un servicio a la caridad [*studere vero propter Deum amari, caritati servire est*] (*Carta 90,1*).

Cité este párrafo porque en él san Bernardo, al usar la palabra latina *consulentes*, reconoce que en el amor de amistad existe una especie de interés, no egoísta, en cuanto alude a

⁷ María Cecilia Zaffi se doctoró en Teología dogmática en la Pontificia Universidad Gregoriana en 1989. Trabajó en el Vaticano, en la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica, y después en la Secretaría de Estado. Estudiosa de la Sagrada Escritura y especialista en el monacato, estuvo a cargo del sector monástico de la revista *Gregorianum* y publicó libros (*La soledad en poesía*, Ed. P. Lacaita, 2000; *El ermitaño misionero: Romano Bottegai*, Ed. San Paolo, Italia, 2004) y numerosos artículos en revistas internacionales.

⁸ Para las dos obras de Elredo utilicé las siguientes ediciones:

- ELREDO DE RIEVAULX, *L'Amicitia Spirituale* (introducción, traducción y notas a cargo de P. M. Gasparotto), Cantagalli, Siena 1982; haré referencia a él con la abreviación *Am* seguida del libro, párrafo y especificación de las páginas.

- ELREDO DE RIEVAULX, *Lo Specchio Della Carità* (introducción, traducción y notas a cargo de P. M. Gasparotto), Cantagalli, Siena 1985; haré referencia a él con la abreviación *Spec* seguida del libro, párrafo y especificación de las páginas.

Entre la bibliografía más reciente señalo:

- El volumen *S. Aelred de Rievaulx. Le Miroir de la Charité*, de *Collectanea Cisterciensia* 55 (1993), que recoge los textos de las jornadas de estudio consagradas en Scourmont a Elredo, y en particular al *Espejo de Caridad*.

- Ch. DUMONT, *La spiritualité de Saint Bernard et de Saint Aelred*, Oka - Québec, Pain de Cîteaux 10, serie 3 (1996).

- P. A. BURTON, «A propos de l'amitié dans la doctrine spirituelle d'Aelred. Dans un "entretemps" qui prépare – dans le Christ – à une charité d'amitié universelle», en *Collectanea Cisterciensia* 58 (1996) 243-261.

- A. MONTANARI, «L'Amicitia nei Monasteri Cistercensi del XII secolo», en *Rivista Cistercense* 14 (1997) 255-290.

⁹ Artículo publicado en *Rivista Cistercense*, Anno XVIII-2, Giugno, Agosto 2001, Abbazia di Casamari. Traducción del italiano realizada por el P. Pedro Max Alexander, osb, de la Abadía Santa María de Los Toldos, Argentina.

¹⁰ San Bernardo, *Ep.* 11,2.

la reciprocidad en el amor, como también a la profunda verdad psicológica de que para amar verdaderamente, es necesario dejarse amar, disponiéndose a ser amados. Dicho amor es **hijo del teologal** y a él se consiente satisfaciendo una necesidad humana pero sobrepasándola, ya que la caridad lo transforma, convirtiéndolo en el punto de inserción del amor del mismo Dios¹¹.

Encuadrando mi estudio en la perspectiva del “amor *de amistad*”, intento decir que en la relación de amistad cada uno es reenviado a un amor *sobrenatural*, a la luz de aquella experiencia humana –la amistad– que mejor que otras, sobre todo por su gratuidad, ayuda a conocer el modo de ser de Dios y a apreciar aquellos gestos humanos que más se acercan a los divinos, porque el fundamento teológico –en Dios– y teologal –la caridad– de la amistad cristiana no quita nada a la densidad humana de la misma, sino que la exalta: ¡el fundamento en Dios implica la valorización máxima de la persona!

Antes de presentar el modo en que un gran autor cisterciense, Elredo de Rievaulx, ha desarrollado el tema de la *amistad espiritual*¹², intento mostrar la importancia humana y cristiana de la amistad.

I. Importancia de la amistad (su realidad y valor psicológico)

1. La amistad en el plano humano

Entender y apreciar lo humano

En el pasado reciente se insistía en la necesidad de renunciar a ciertos valores humanos, por ejemplo, la amistad, para buscar más rápidamente la unión con Dios¹³, pero en nuestros días se empieza a cambiar de perspectiva, subrayando la importancia del *desarrollo integral del potencial humano*. Espero que el presente estudio pueda ser una **contribución para comprender y estimar lo humano**. Es cierto que el cristianismo, aunque afirma esto a nivel de principios teológicos, muchas veces lo ha oscurecido en la práctica. No ha reconocido, comprendido y apreciado plenamente lo humano, precisamente en el momento en que se restituía a la humanidad del hombre viviente el honor de ser un signo de la gloria divina¹⁴.

En (el nivel) humano del que estamos hablando, debe tenerse en cuenta que, además de las necesidades *fisiológicas* (comida, bebida, descanso, actuación del instinto sexual, paternidad, maternidad, etc) y *psicológicas* (de conocer, de una justa estima de sí, de seguridad), existen las necesidades *sociales*¹⁵. “El ser humano es sociable por naturaleza, tiene necesidad de comunicarse con el prójimo, de formar una unidad funcional con él, sea para desarrollar sus facultades específicamente humanas, sea para sentirse a sus anchas en la edad adulta”¹⁶. Dicha dimensión social es la que está en la raíz de las motivaciones particulares, entre ellas la

¹¹ M. C. ZAFFI, “La carità nell’Epistola 11 di san Bernardo sullo sfondo del *De Diligendo Deo*”, en *Rivista Cistercense* 14 (1997) 211-253; cf. pp. 213-214.

En un trabajo mío, –a ser publicado próximamente–, sobre *El Espejo de Caridad* de Elredo de Rievaulx (*La Carità, ideale cristiano nella forma de una costruzione della personalità*), he puesto en evidencia la particular importancia que tiene el amor de los otros “en la formación o reforma del ser espiritual”: es gracias a ello que el hombre “tiene la posibilidad de adquirir una mayor capacidad de amar, haciéndose capaz de amar verdaderamente a Dios”.

La Encarnación es el motivo último de mi observación anterior: es el misterio por el cual “ser solamente un hombre es aquello que el hombre no debe ser” (B. J. F. LONERGAN, *Insight: A Study of Human Understanding*, Philosophical Library, Nueva Cork 1970, cf. p. 729; me he inspirado en este autor al explicitar *la necesidad como lugar de inserción*. Cf. p. 736).

¹² ELREDO, *Am* 1,34, p. 92: “Entre tantas formas de amistad te ruego distingas bien aquella que a diferencia de las otras llamamos *espiritual*”, ya que “es fomentada entre los buenos por la semejanza de vida y de aspiraciones” (38, pp. 92-93; también 46, p. 94).

¹³ E. ANCILLI, “Il santo pienezza dell’uomo”, en *L’uomo nella vita spirituale*, Teresianum, Roma 1974, cf. pp. 49-54.

¹⁴ A. VERGOTE, “Incomprensioni cristiane dell’umano”, en *Concilium* 5 (1982); cf. p. 49.

¹⁵ B. GOYA, *Psicologia e vita spirituale. Sinfonia a due mani*, EDB, Bologna 2000, cf. pp. 145 ss.

¹⁶ *Ibid.*, p. 151.

necesidad de relaciones interpersonales satisfactorias y la *necesidad de amistad*¹⁷, de relacionarse en profundidad con el otro.

El individuo crece como persona por medio de relaciones intersubjetivas profundas, gratificantes, y al mantener ese estilo de relaciones se encuentra en inmejorables condiciones para tener una elevada armonía interior, experimentando estados emocionales de signo positivo¹⁸. Sale, así, de su aislamiento siempre que en su ser personal no apague ni anestesia las delicadas vibraciones dirigidas a (permitir) la relación con el otro, llegando a conocerlo en toda su alteridad, (conociéndose así), a sí mismo.

Importancia de relaciones durables

Si realmente nuestra condición es *temporal*, **existen riquezas “de-identidad” que sólo nos llegan a través de una relación que llega hasta el fondo**. La multiplicidad de relaciones superficiales no responde a las exigencias fundamentales de identidad, para las que sólo se encuentra “satisfacción” cuando la relación ha alcanzado un determinado nivel gracias al tiempo.

Nosotros realmente *somos tiempo* y por eso **existen riquezas de vida que nos llegan sólo con el (transcurso del) tiempo: sólo emergen lentamente**. En otras palabras, dado que la condición del hombre es la de comprender las cosas por etapas sucesivas, y aunque, en último análisis, todo es indivisible y forma parte de una armonía más global, existen relaciones que adquieren todo su valor únicamente en la sucesión de los acontecimientos.

Existe una forma de amor que no se puede alcanzar si no es a través de una larga experiencia en la relación (mutua), con tal y siempre que ésta se profundice y no sufra procesos involutivos. Sólo si la relación crece hasta el fondo, puede florecer una determinada riqueza de vida y por lo tanto alcanzar un determinado nivel de identidad.

Y esto se refleja igualmente en el plano sobrenatural, ya que **el ser trascendente de Dios se nos comunica a través de la filigrana del amor humano**¹⁹. La riqueza del don personal, del don de vida por el que nos convertimos en hijos, nos llega a través de criaturas – los progenitores– que por una larga serie de acontecimientos realizan una comunión con nosotros en la que **la continuidad es fundamental**.

Amistad: amar y ser amados

«El amor recibido de los otros está entre los factores más determinantes para el desarrollo y el equilibrio de la persona. El hecho de tomar conciencia de sí como ser “humano”, es decir como persona, como centro de dignidad, de bondad, de valor insustituible y único, de dignidad y creatividad... no es un dato espontáneo que se verifica en un determinado nivel de desarrollo, en medida más o menos igual para todos los individuos de la especie... De acuerdo a la estructura intencional de la conciencia humana, ... el ser humano se percibe a sí mismo saliendo de sí, en contacto con el otro. Por eso se percibe a sí mismo como persona, ser de bondad y de libertad, cuando otro lo trata como tal (...). Pero existen inmensas (diferencias de) grado en esto. Es justamente la ausencia de un amor intenso y profundo la que permite percibir cuál sea la función del amor como tal en la afirmación de la persona»²⁰.

La afirmación contenida en el amor afectivo es el fundamento de toda la existencia social del hombre: ella dona el hombre a sí mismo, y, habiéndolo donado a sí mismo, lo hace

¹⁷ ELREDO, *Am* I 51, p. 95: “A mí me parece que el sentimiento de amistad se halla totalmente impreso en el corazón humano por la (misma) naturaleza” (también 58, p. 98 y 61, p. 99).

¹⁸ B. GOYA, *op. cit.*, cf. p. 152.

¹⁹ M. NEDONCELLE, *La persone humaine et la nature*, Presse Univers. de France, Paris 1943, cf. p. 20. Id., *Explorations Personalistes*, Ed. Montaigne, Aubier, Paris 1970, cf. p. 221: “Justamente porque Dios no es un objeto mundano, su manera de manifestarse no puede ser otra que la de transparentarse a través de objetos mundanos”.

²⁰ J. GEVAERT, *Il Problema dell'Uomo. Introduzione all'antropologia filosofica*, LDC, Torino 1981, p. 40.

capaz de existir para los demás, de darse a los otros. El amor activo por los demás, como también el amor que se recibe, es indispensable para la realización del ser humano²¹.

Bajo (la expresión) “necesidad de amistad” se debe entender la sentida necesidad, en la doble dimensión activa y pasiva, de *amar* y de *ser amados*²². (Ella) constituye una exigencia fundamental, indispensable para todos y constante a todo lo largo del arco existencial. No alcanza, por tanto, con la satisfacción proveniente del propio oficio o profesión; el sentir el afecto de los otros, es en ciertos momentos, tan urgente para el psiquismo humano, como lo es la comida para la salud física. Por otra parte las dificultades y quebrantos habituales se hacen más ligeros y soportables si existen sanas relaciones de amistad, ya que la relación de amistad genera situaciones de aceptación, de seguridad, de comunión y de bienestar²³.

La amistad –como el amor, el arte, la poesía– **tiene valor en sí misma**, independientemente de su utilidad, más aún, su *inutilidad* expresa la superioridad de su valor²⁴.

Amistad: compartir el peso de la vida privada y de la discreción

Una de las cualidades de la amistad, además de la *proximidad* (o “estar juntos”), de la *ayuda* y de la *seguridad*, es la *intimidad*²⁵. Y no se trata de buscarla a cualquier precio, a cualquier nivel, por ejemplo a ese nivel impersonal, puramente *sensual*²⁶. La amistad, uno de los consuelos más antiguos de la humanidad, puede compensar la pérdida de intimidad que puede provenir del desgaste que perturba otras relaciones humanas, sean estos *familiares* u oficiales, es decir, *funcionales*. En especial las exigencias funcionales, en su forma extrema, se basan en la necesidad de mantener contactos superficiales en encuentros sociales ocasionales, y una distancia profesional, pero el individuo debe buscar en la vida personal medios alternativos para expresarse a sí mismo y satisfacer su necesidad de intimidad. Pues bien, justamente es la amistad, basada en la confianza y en el afecto profundo, la que nos permite huir de los vínculos demasiado estrechos de la familia, permitiendo soportar así sobre las espaldas el peso compartido, ofreciendo así apoyo social al (dominio) privado²⁷.

2. La amistad cristiana

A nivel cristiano, el núcleo del mensaje evangélico, el amor a Dios y al prójimo, se identifica con la reciprocidad afectiva entre persona y persona. Antes que nada, el creyente se sabe amado personalmente por Dios, lo que le permite gozar del sostén y confianza de los demás, colmando sus lagunas afectivas; por otra, la experiencia del amor al prójimo y la convicción *de ser para los demás* crean en él el impulso a amarlo como (se ama) a sí mismo y tal y como Cristo nos ha amado, de manera que la actualización de dicho impulso hace salir de sí, de los propios problemas y melancolías²⁸.

²¹ *Ibid.*, cf. p. 41. En la relación de amistad, los amigos son dos polos que se dinamizan y dos horizontes que se dilatan: en la relación con el otro cada uno se hace más consciente de la propia identidad y capaz de un encuentro con el distinto, que debe ser reconocido, aceptado y descubierto como estímulo y fuente de crecimiento. Debe ser una relación *constructiva* que desarrolla los elementos del encuentro: confianza, conocimiento cada vez más profundo, concientización recíproca de las riquezas del ser, tendencia a ver al otro en su integridad, etc.

²² ELREDO, *Am Prol* 1, p. 81: “nada me parecía más dulce, nada más alegre, nada más útil que amar y ser amado”.

²³ B. GOYA, *Psicologia e Vita Spirituale*, op. cit., cf. p. 153.

²⁴ Aplico a la amistad lo que Gevaert dice del amor: cf. J. GEVAERT, *Il Problema dell’Uomo*, obra cit., p. 42.

²⁵ Remito a la publicación de H. S. SULLIVAN, *Teoria interpersonale della psichiatria*, Feltrinelli, Milano 1972.

²⁶ V. E. FRANKL, “Una co-esistencia abierta al logos”, en *Attualità in Logoterapia* 1(1999) 53-61, cf. pp. 58-59.

²⁷ Para profundizar en esta temática puede leerse J. BENSMAN – R. LILIENFELD, *Between Public and Private: The Last Boundaries of the Self*, Free Press 1979.

²⁸ B. GOYA, *Psicologia e Vita Spirituale*, obra cit., cf. p. 154.

La caridad, perfeccionamiento de la dimensión social de la personalidad

La caridad perfecciona la dimensión social de la personalidad y su tendencia a estar con el otro, entrando en comunión con él: en la amistad, más allá de la atracción sensible y de la simple cercanía, el cristiano intuye una *unión* que se realiza en el amor en común a Dios, gracias al cual el amor humano se hace más rico y fecundo²⁹.

Caridad “de amistad” como amor simultáneamente humano y evangélico

Jesús, en el Evangelio, exalta la amistad. La presenta en primer lugar como *f fuente de alegría: les he dicho esto para que mi gozo esté en ustedes y su alegría sea perfecta (Jn 15,11)*. Y la alegría, como todos los sentimientos, no es un don gratuito, sino una sufrida conquista: presupone la superación de la relatividad y del límite, vale decir, de todo aquello de lo que debe ocuparse el hombre histórico, concreto, pecador. Si la emotividad lleva naturalmente a abrirse a la realidad, el pecado encierra en sí mismo, haciendo ver la realidad como enemiga, por lo que se debe superar una sensación de repulsión para salir de sí y acercarse a todo aquello que se descubre como no-Yo.

La amistad *ayuda a crear los requisitos para una síntesis*, de modo que cada uno se convierte en *una memoria viviente* del otro. Si los Apóstoles no hubieran hecho esto con Jesucristo, no habrían podido “hacer memoria” de Él. (Este es el motivo por el que Pedro buscará sustituir a Judas con un discípulo que haya vivido con ellos, es decir, con alguien capaz de crear aquella *síntesis de memoria* con Cristo y con la comunidad apostólica).

Otra consecuencia de la amistad es la *presencia en la vida del amigo*. Como dijo Jesús: *Si alguno me ama, observará mi palabra y mi Padre lo amará y vendremos a él y moraremos en él (Jn 14,23)*. *Como el Padre me ha amado, así los he amado a ustedes. Permanezcan en mi amor, Si ustedes cumplen mis mandamientos permanecerán en mi amor, como yo he cumplido los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor (Jn 15,9-10)*. La presencia en la vida del amigo crea unión, una unión singular, distinta a la que se realiza en el matrimonio, tanto en el plano de la disponibilidad como en la del don. El discurso de Jesús en la Última Cena nos permite comprender *la ley de la “separación” de una persona*, lo cual no significa alejamiento del otro, sino hacerlo acceder a una forma distinta y nueva de presencia en él. Sin desapego, psicológicamente se corre el riesgo de una instrumentalización del otro con fines personales.

En la amistad se da, además, una cierta superación de los límites espacio temporales, ya que ella es un sentimiento que no disminuye con la separación y ni siquiera como consecuencia de la muerte. Esto se comprende considerando que la amistad es unión de la afectividad y del amor: se logra, así, hacer la síntesis de los dos elementos cualificantes, el de la posesión del otro, y el de la donación al otro. Esta síntesis, que involucra a la conciencia del Yo tanto en su facultad cognitiva y volitiva (amor), como en sus sentimientos (afecto), es tal que pone al Yo en condiciones de salir de su propia soledad para comunicarse con el otro superando los límites del espacio y del tiempo.

La amistad, además, nos pone ante un auténtico modo de aceptación del otro: el amor, el “dar la vida por...”. De hecho, si amar significa querer el bien del otro, y por tanto hacerse don gratuito en su favor, el poner a disposición del otro la propia vida es la consecuencia lógica e inmediata. Entrevemos, entonces, la Fuente del amor, en la que debe cimentar sus raíces la amistad: la Caridad.

Concluyendo este párrafo sobre la importancia de la amistad, se puede decir que, psicológicamente, ella experimenta todas las emociones y las absorbe: deseo, ansia, celos, etc. Todos estos sentimientos pueden potenciar o destruir la parte constitutiva y arraigada de la personalidad, el amor generoso de donación intelectual, psicológica y moral. En el caso negativo prevalece la posesividad exclusivista, un aplastamiento egoísta del otro; en el caso positivo, la

²⁹ *Ibid.*, p. 109.

relación con el otro favorece su auténtico crecimiento, el refuerzo de sus cualidades positivas y una mejor expresión de sus potencialidades.

Llegados a este punto es útil repasar los mecanismos síquicos de nuestra identificación. En su base está la necesidad de adquirir seguridad, sin la que no podemos vivir. Pero si se busca en la posesión y en el apego, se es egocéntrico, y esta exigencia induce a instrumentalizar incluso la propia afectividad, llevando a “poseer” al otro. Cuando se llega a encontrar la propia seguridad en una justa lectura de la identidad personal, cuando por lo tanto se es adulto, la propia afectividad se convierte en camino hacia el otro en el respeto de su propia individualidad. Es en este terreno donde nace el amor como capacidad de donación gratuita para el bien del otro.

Podemos, entonces, delinear un perfil de la amistad que tenga en cuenta estas características esenciales, además de saber que se trata de una relación recíproca e igualitaria.

Los amigos gozan de la mutua compañía, pero esto no implica necesariamente la presencia física. Únicamente si se confunde amistad con afectividad no adulta, la presencia física es absolutamente necesaria. Pero si la amistad es un camino de maduración, entonces el amigo está siempre presente en la propia voluntad de donarse.

Se acepta al otro tal cual es, sin buscar modificarlo o convertirlo en una persona distinta. Esta actitud indica la superación del *narcisismo*. Al mismo tiempo, es propio de la amistad ayudar al amigo a corregir sus defectos y a utilizar sus dotes de la mejor manera posible.

En la amistad se comparte una *confianza recíproca*: cada uno supone que el otro obra para bien suyo, superando así *actitudes esquizofrénicas*. De hecho, cuando llega a faltar la confianza, o cuando uno se refugia en actitudes de engaño, se piensa de un modo pero se lo expresa de otro modo, totalmente diverso.

En la amistad *se da un respeto recíproco*: se le atribuye al otro buena capacidad de juicio en las decisiones de vida. Gracias a este comportamiento se supera la *paranoia*, en cuanto no se siente la necesidad de huir de la realidad para conservar la amistad.

Los amigos tienden a ofrecerse *asistencia y sostén recíproco*, sobre todo pueden contar el uno con el otro en los momentos de necesidad, dificultad o dolor. Esto permite superar la neurosis de la inseguridad.

En la amistad se da la *mutua comunicación de experiencias y sentimientos*, saliendo así de la angustia de la soledad.

Los amigos tienen el sentido de lo que para el otro tiene valor y entienden por qué el otro se comporta de una manera determinada, sin perplejidades sistemáticas y sin la necesidad de tener que aclarar cada vez los motivos de los propios comportamientos.

En la relación de amistad auténtica, *cada uno se siente libre de ser él mismo*, en lugar de sentirse obligado a recitar un papel, ponerse una máscara u ocultar ciertas características reveladoras.

II. La amistad en el *Espejo de la Caridad*

Introducción: Elredo de Rievaulx, Doctor de la amistad

Nunca se habló tanto y tan bien del amor y de la amistad espiritual como en el siglo de oro cisterciense. La amistad se convirtió en uno de los rasgos característicos de los monasterios cistercienses, tanto que hasta la *Carta Caritatis*, redactada por Esteban Harding con el fin de regular las relaciones entre los monasterios cistercienses que por entonces se andaban multiplicando, parece estar justamente cimentada en la amistad³⁰.

Elredo (1110-1167) ha sido calificado como el **doctor de la amistad por antonomasia**³¹. En este tema conocía a los clásicos, a los Padres ya los autores que le eran

³⁰ A. MONTANARI, *art. cit.* en la nota 1, cf. p. 256. Y *ibid.* el autor continúa: “La célebre *Collatio XVI* de Casiano justamente intitulada *De amicitia* constituye el trasfondo, mientras que los términos empleados para expresar dichas relaciones: *foedus* y *pactum*, son los mismos que en el latín de la *Vulgata* expresan la amistad que une a David y Jonatán”.

³¹ P. M. GASPAROTTO, *Introducción a Am*, cf. p. 12.

contemporáneos, aunque no hay ninguna duda de que ha superado a sus fuentes³²: **para él la amistad es un género particular y auténtico de caridad**³³.

Las primeras experiencias de amistad de Elredo, “no exentas de incertidumbres y confusiones”³⁴, se remontan a los tiempos de los estudios en Durham, luego, en calidad de ecónomo de la corte del rey David 1º de Escocia, circunstancia en la que tuvo una ligazón no transparente, que después se convirtió para él en causa de sufrimiento y arrepentimiento³⁵. Siendo ya cisterciense en Cork, inició sus primeras amistades monásticas: con el abad Guillermo de Claraval, su maestro de novicios; con Simón, futuro abad de Wardon; con Hugo, con Ivo de Wardon y con el amigo Simón, del cual llorará la muerte en el *Speculum Caritatis*³⁶; después con san Bernardo, con Gerardo³⁷ y con otros. Al ser elegido abad, primero de Revesby durante cuatro años, luego de Rievaulx, por veinte años, hasta su muerte, intensificó notablemente sus contactos³⁸, extendiéndolos mucho más allá del ámbito monástico, con políticos de Escocia y de Inglaterra, con obispos, abades y escritores de su época. Sus notables cualidades personales, –dulzura y equilibrio proverbiales, frutos, sin embargo, de dura lucha–, atrajeron a muchas personas, facilitándole un apostolado brillante y fecundo, basado en lazos personales de amistad³⁹. La experiencia de la amistad fue en él una constante que, después de su ingreso en la vida monástica, no sólo no se interrumpió sino que se profundizó: fundamentándola en Cristo⁴⁰.

Elredo es un ejemplo admirable de humanista cisterciense, tanto por su interés apasionado por los “clásicos” –sobre todo Cicerón–, como también por su interés hacia lo humano, los afectos, la *construcción de una personalidad en la que junto a la vida interior estaba la atención constante a la vida social*⁴¹.

Abad, es decir padre de sus monjes y experto director espiritual, educó para la amistad a través de la amistad, **conduciendo a la perfección de la caridad a través de la amistad vivenciada**, tanto en el monasterio como fuera de él, resultando así particularmente eficaz en sus enseñanzas espirituales⁴².

De esta preciosa y noble experiencia humano-espiritual se ocupa en sus dos obras cumbres: *El espejo de la caridad* (1142-1143) y *La amistad espiritual* (1160), las dos obras por las cuales es más conocido. La primera, que puede considerarse como la parte teológico-psicológica de la segunda⁴³, concede ya espacio al argumento de la *amistad*, sea por las alusiones a su vida pasada, sea por el elogio de Simón⁴⁴, sea por el último capítulo, un auténtico himno a la amistad y a la alegría de los amigos⁴⁵. El abad de Rievaulx volverá sobre tales pensamientos más tarde, en plena madurez, cuando tenga 50 años, desarrollándolos y dedicándoles todo un tratado, justamente el de *La amistad espiritual*.

³² *Ibid.*, cf. p. 13.

³³ Léase Ch. DUMONT, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.*, en la nota 2, pp. 349-373, cf. p. 354.

³⁴ P. M. GASPAROTTO, *Introducción a Am*, cf. p. 18. En el *Espejo de la Caridad*, Elredo alude a la “atadura de una cierta amistad” (*Spec I,XXVIII,79*, p. 138) atestiguando de que “me complacía la agradable unión de la amistad, pero siempre con un cierto temor de equivocarme, y con la previsión, cierta, de que se produciría la futura separación” (*ibid.*). Pero dicho temor es, también él, camino hacia el amor. Si la divina misericordia invita al alma a la conversión sacudiéndola con el temor (*Spec II,XI 26*, p. 186), es con éste que la impulsa para atraerla hacia el amor (*Spec II,XII 29-30*, pp 188-189), haciendo comprender la provisoriedad de la amistad misma: “la muerte, que todos debemos experimentar, romperá esta unidad [que se ha creado en una amistad terrena] acarreando dolor a quien vive...” (*Spec I,XXVI 71*, p. 132).

³⁵ P. M. GASPAROTTO, *Introducción a Am*, cf. p. 19.

³⁶ *Ibid.*, cf. pp. 19-20.

³⁷ Elredo, *Am III,67*, p. 147.

³⁸ P. M. GASPAROTTO, *Introducción a Am*, cf. p. 21.

³⁹ *Ibid.*, cf. pp. 22-24.

⁴⁰ *Ibid.*, cf. pp. 28-29.

⁴¹ *Ibid.*, cf. pp. 26-27.

⁴² *Ibid.*, p. 27.

⁴³ *Ibid.*, *Prefacio a Am*, cf. p. 7. Cf también P. A. BURTON, *À propos de l'amitié dans la doctrine spirituelle d'Aelred*, artículo citado, cf. p. 244.

⁴⁴ Respectivamente ELREDO, *Spec I, XXVIII 79*, p. 138 y XXXIV 98-114, pp. 153-166.

⁴⁵ *Spec III, XXIX 109-113*, pp. 311-314.

Veamos en primer lugar cómo Elredo encuadra la amistad en el *Speculum caritatis*.

1. El amor de sí, del prójimo y de Dios, premisa de la concepción elrediana de la amistad

Los tres amores, de sí, del prójimo y de Dios –los tres *Sábados*–, son la premisa, la base para comprender la concepción que Elredo tiene de la amistad. Ellos ciertamente se distinguen, pero se unifican; no se puede poseer uno sin los otros: uno se ama verdaderamente si se ama al prójimo y se ama verdaderamente a este último si se ama a Dios. Esto es lo que [al respecto] escribe:

Sea, entonces, para el ser humano, el amor de sí el primer Sábado; el amor al prójimo el segundo; y el amor a Dios el Sábado de los Sábados... el Sábado espiritual es reposo para el espíritu, paz del corazón y tranquilidad de la mente. Y este Sábado a veces se experimenta en el amor de sí, a veces se obtiene en la dulzura del amor fraterno, y, fuera de toda duda es perfecto en el amor a Dios (...)

... y aunque en este triple amor existe una evidente distinción, sin embargo hay en él una cierta y maravillosa compenetración, de modo que **cada amor se encuentra en todos y todos en cada uno**, de modo que perdiendo uno se priva uno de todos. Ya que ni siquiera se ama a sí mismo quien no ama al prójimo y a Dios; ni ama al prójimo como a sí mismo quien no se ama a sí mismo. Ciertamente... que no ama a Dios quien no ama al prójimo...⁴⁶.

Indudablemente, el amor de Dios es el alma de todo otro amor⁴⁷, pero “estos tres amores se engendran recíprocamente, se alimentan y aumentan: y todos en conjunto se perfeccionan”⁴⁸. Se poseen siempre en conjunto, aunque no siempre se perciban de la misma manera⁴⁹.

En esta concepción de la vida espiritual, llena de delicadeza y de realismo, el amor de Dios no es exclusivo en el sentido de *alternativo*, sustitutivo del amor de sí y del prójimo, sino que los tres amores se alternan –según las circunstancias y las disposiciones personales⁵⁰– y se unifican. No existe amor auténtico al prójimo sin el *adecuado amor de sí*. Éste en efecto, es *de Dios y conduce a Dios*⁵¹; es un amor que se trasciende a sí mismo y que, comportando un renegar del yo que debe ser trascendido, implica en realidad un **elemento de fe** con sus exigencias de sumisión y don al amor de Dios, lo cual exige la amorosa aceptación –y hacerse cargo–, de las necesidades del prójimo⁵².

El amor al prójimo merece, además, una adecuada profundización, desde el momento que es esencial para el progreso espiritual: la relación con Dios, dado que no es puramente otra ni plenamente inmediata, es vivida a través de las mediaciones ofrecidas por la relación con el otro ser humano.

⁴⁶ *Spec* III, II 3, p. 231.

⁴⁷ *Spec* III, II 4, p. 232; también III, V 13, p. 238: “el amor de Dios mueve y promueve este doble amor [aquel con el que pensamos en nuestra salvación y aquel con el que nos unimos al prójimo con un amor puro]”.

⁴⁸ *Spec* III, II 5, p. 232.

⁴⁹ *Ibid* : “aun poseyendo los tres amores en su conjunto, y no puede ser de otro modo, no es que se sientan los tres de la misma manera: sino que aquella paz, aquel gozo, ora se siente en la pureza de la propia conciencia, ora brota de la dulzura de la caridad fraterna; otras veces se la adquiere más plenamente en la contemplación de Dios”.

⁵⁰ Ch. DUMONT, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en la obra citada en nota 2, cf. p. 363.

⁵¹ Cf. *Spec* III, II 5, p. 232.

⁵² También esto se deduce de ELREDO, que afirma: “**La caridad comienza con la fe**, se ejercita en las otras virtudes, se perfecciona en sí misma” (*Spec* I, XXXI 89, p. 146); y también: “**toda obra buena comienza en la fe en un solo Dios**, progresa con los siete dones del Espíritu Santo, para terminar en aquel que es realmente único, en el cual se hará unidad todo cuanto somos” (*Spec* III, I 1, p. 229). Para amar es necesario tener un *adecuado amor de sí*. De hecho, para dar es necesario tener, o mejor, ser: no puedo amar a los otros si yo mismo no soy “amable”, es decir, si no soy capaz de amarme auténticamente a mí mismo.

En la relación de amistad **el amor del amigo es amor de sí de un modo del todo especial**, ya que él es como **otro sí mismo**, como **una prolongación de sí**, [que] se [hace] verdaderamente pariente: Aristóteles escribió: «el amigo quiere ser, de acuerdo a lo que dice el proverbio, “otro Heracles, otro yo”» (ARISTÓTELES, *Ética Eufemia* [trad., intr. y notas de P. Donini], Ed. Laterza, Bari 1999, VII 1245^a, en *op. cit.*, p. 171). L. CIAN, *Cammino verso la maturità e l'armonia*, Ed LDC, Torino 1981, cf. pp. 144-145. El autor dice que *existe un amor de parentesco del ser* (*ibid.*, p. 144).

2. Caridad fraterna y progreso espiritual

Mediante la alegoría de los tres Sábados, Elredo describe el progreso espiritual como crecimiento en la estabilidad de la paz dada por la caridad. Es en el segundo Sábado que el alma tiene una ayuda decisiva para dilatarse en el amor⁵³: gracias al amor de los otros, el hombre que por la experiencia de la conversión aprendió a amarse a sí mismo en la justa medida, tiene la posibilidad de adquirir una más amplia capacidad de amor, haciéndose capaz de amar verdaderamente a Dios⁵⁴.

La vida fraterna en Comunidad es una **ayuda preciosa para el desarrollo de la caridad, el amor de Dios**; es un yugo que *pesa pero posee alas*, no aplasta sino que libera⁵⁵. En el amor fraterno el Médico divino nos proporciona el remedio para curarnos⁵⁶ de las heridas de la antigua servidumbre⁵⁷, de la concupiscencia⁵⁸. De hecho es amando, es en el ejercicio del amor como se aprende a amar: el corazón sale de las estrecheces del egoísmo y termina purificado⁵⁹.

Mientras que al amor de sí le es asignado el espacio de la jornada del Sábado, al segundo Sábado del amor fraterno se le concede *la celebración de un año sabático entero*⁶⁰. La extensión temporal del Sábado, además de indicar la importancia del amor fraterno, indica que éste madura y se intensifica con el tiempo: efectivamente requiere de la compasión, de la empatía, además consolida y corona la práctica de la virtud, a la cual es continuamente estimulado.

La caridad fraterna madura en base a la compasión

La caridad fraterna, –luego la amistad cristiana (cf. *Am I 20*)– presupone una persona que ha madurado en sensibilidad *otro-céntrica*, que se hace copartícipe de la experiencia del otro en el sentido descrito por san Pablo (cf. *Rm 12,15: Alégrese con los que están alegres, y lloren con los que lloran* [cf. *1 Co 12,26*]; y también *1 Co 9,22: Me hice débil con los débiles, para ganar a los débiles. Me hice todo para todos...*). Escribe Elredo:

“De la más recóndita celda en la que ha celebrado el primer Sábado, trasládese al salón de visitantes de su corazón [en el que los recibe] **y donde acostumbra** a alegrarse con quien está alegre, a llorar con quien llora, a sentirse enfermo con quien sufre y a abrazarse con quien está escandalizado. Sentirá su alma unida por el cemento de la caridad a las almas de todos los hermanos, sin el menor asomo de envidia, sin la más mínima llama de indignación, no

⁵³ Ch DUMONT, *L'amour fraternel dans la doctrine monastique d'Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.* en mi nota 1, pp. 335-347, cf. pp. 340-341. Para la dilatación del alma en el amor, cf. ELREDO, *Spec III*, II 4, p. 232; IV 9, p. 236.

⁵⁴ Ch. DUMONT, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.* en nota 2, pp. 349-358, cf. p. 352.

⁵⁵ ELREDO, *Spec I*, XXVIII 78, p. 137.

⁵⁶ *Spec I*, XXIX 84, p. 141. El conocido psicoanalista Fromm, comentando la caída de los primeros padres, ve las consecuencias en su separación y extrañamiento mutuo, que sólo puede ser curada y superada mediante el amor: «¿Cuál es entonces el pecado que han cometido? Consiste en estar enfrentados cual individuos separados, aislados, egoístas, incapaces de superar la separación con el acto de la unión amorosa; es un pecado que tiene sus raíces en nuestra misma naturaleza humana (...) [es la completa separación y extrañamiento mutuo, no colmado por el amor]. (...) Desde el momento que el **pecado de la separación** no es un acto de desobediencia, no tiene necesidad de ser perdonado, pero en compensación, **si tiene necesidad de ser curado, y el instrumento curativo no consiste en la aceptación del castigo, sino en el amor...** El concepto del pecado como escisión fue formulado por algunos Padres de la Iglesia... Dice Orígenes: “Donde existen pecados, allí hay divergencia. Pero donde reina la virtud allí hay unanimidad, allí hay unidad”. Máximo el Confesor afirma que, a través del pecado de Adán, la especie humana, “que debería ser un todo armónico, ayuno de conflictos entre lo mío y lo tuyo, se ha transformado en una nube de polvo compuesta de individuos”» (E. Fromm, *Avere o essere?*, Mondadori, Milano 1977, pp. 162-164).

⁵⁷ Cf. Elredo, *Spec I*, XXIX 85, p. 143; también III, IV 8, p. 234.

⁵⁸ *Spec III*, VII 19, p. 242.

⁵⁹ *Spec III*, IV 7, p. 234: “... se acalla el tumulto de la concupiscencia, se aplaca el estrépito de los vicios; allí dentro se hace una libertad absoluta de todo aquello que es dañino, y se logra un agradable y dulce reposo de la caridad fraterna”.

⁶⁰ *Spec III*, IV 8, p. 235: “... porque al igual que el año está compuesto de muchos días, igualmente el fuego de la caridad funde a muchas almas en un solo corazón y en una sola alma”.

sintiéndose golpeado por los dardos de la sospecha, ni devorado por las dentelladas de una tristeza insaciable. De este modo transporta a todos al tranquilísimo puerto de su alma, abrazando y entibiando a todos con un auténtico y dulce afecto, siendo con ellos un solo corazón y una sola alma⁶¹.

La caridad fraterna consolida y corona la práctica de la virtud

Las relaciones auténticamente fraternas con los demás ayudan a no quedarse bajo el yugo de la concupiscencia, se podría decir que *afinan* (cf. *Pr 27,17: El hierro se afila con el hierro, y el hombre en el trato con el prójimo*) penetrando al nivel más profundo, ya que efectivamente la práctica de la caridad, cimentada sobre la conversión personal (cf. el primer Sábado), requiere de modalidades relacionales muy exigentes que obligan a esforzarse en superar toda complacencia egoísta:

“En el primer Sábado nos liberamos del pecado, **en el segundo de la concupiscencia**, en el tercero se abandona totalmente cualquier distracción⁶².”

“En la paz de este Sábado **la caridad fraterna no permite que quede ni el más pequeño vicio**; lo atestigua el apóstol Pablo: ... *no cometerás adulterio, no matarás, no robarás, no codiciarás, y cualquier otro mandamiento, se resumen en este: Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Rm 13,9)*⁶³.”

En la caridad fraterna se comparten paz y gozo, frutos del Espíritu

La vida virtuosa no es un fruto solitario o privado. La Comunidad es el contexto en el que ésta se encarna, se manifiesta y se refuerza. El corazón arraigado en el amor de Dios, para vivirlo cada vez más plenamente y con mayor profundidad, se dilata en el amor hacia el prójimo compartiendo con los demás aquella paz y ese gozo que, realizados en uno, se derraman también sobre ellos:

“Mientras tanto estos tres amores se generan recíprocamente, se alimentan y se inflaman, y todos juntos se perfeccionan (...) Aquella paz, aquel gozo, a veces se percibe en la pureza de la propia conciencia; otras veces brota de la dulzura de la caridad fraterna; y otras se adquiere más plenamente en la contemplación de Dios (...) La mente que alberga dentro suyo algo semejante a un silo lleno de riquezas espirituales, va ya hacia aquí, ya hacia allá, **distribuyendo la materia de su gozo** de modos diversos, según la variedad de las riquezas⁶⁴.”

Sacralidad y utilidad del amor fraterno

Elredo describe la unión de la caridad cimentándola bíblicamente en *Hch 4,32 (un solo corazón y unas sola alma⁶⁵)* y en el *Sal 132,1 (Vean qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos⁶⁶)*, lo cual le permite poner en evidencia que la alegría es el fruto o la bendición de dicha comunión. No se limita a citar el primero de estos versículos, sino que

⁶¹ *Spec III, IV 7, p. 234.*

· En italiano *affinare* significa tanto “afilarse” como “afinar” “aguzar” = más fino y más delicado. La autora juega con esos significados, de ahí la cita de *Pr 27,17* que de lo contrario resultaría fuera de lugar (N.d.T).

⁶² *Spec III, VI 19, p. 242.*

⁶³ *Spec III, IV, 7, p. 234.*

⁶⁴ *Spec III, II 5, p. 232.*

⁶⁵ *Spec III, IV 7, p. 234*: “Sentirá su alma unida por el cemento de la caridad a las almas de todos los hermanos... De este modo transporta a todos al tranquilísimo puerto de su alma, abrazando y entibiando a todos con un auténtico y dulce afecto, **siendo con ellos un solo corazón y una sola alma**”.

⁶⁶ *Spec III, IV 8, p. 234*: “Invadido por el reposo y la paz de este Sábado, el profeta David prorrumpe en músicas de fiesta llenas de gozo exclamando: *Vean qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos (Sal 132,1)*”; también *Am III 82, p. 153.*

hablando expresamente del amor hacia aquellos que comparten una misma profesión religiosa, retoma el segundo parafraseándolo:

“... el alma aferrada a la vestidura de Cristo, aprovecha para sí parte de su unción, que desde la cabeza desciende por la barba del verdadero Aarón llegando hasta la franja de su ornamento. Rociada con este tesoro el alma se abre aún más, para antes que a nadie incluir en el abrazo de un amor más ancho a todos aquellos a los que abraza esta unción... [= los hermanos en religión]”⁶⁷.

El abad de Rievaulx, al recurrir al *Salmo* 132⁶⁸, pone en evidencia la **sacralidad del amor fraterno** para los hermanos en religión (cf. “unción”), **totalmente cimentado en Cristo y que todo lo extrae de Cristo**. Amor del que poco antes había subrayado su positividad, al describirlo como una experiencia santa y psicológicamente plenificante:

“*Vean qué dulzura, qué delicia convivir los hermanos unidos (Sal 132,1)*. Es realmente un bien y un gozo. Un bien, porque no existe nada más útil; un gozo, porque nada hay más delicioso”⁶⁹.

Y si precedentemente y sobre el trasfondo del capítulo 72 de la *Regla*, había especificado que **el bien y la utilidad** de la vida fraterna consiste en la alegría que proporciona un clima de paz y de concordia, de justicia con el prójimo y de misericordia con los (co)hermanos, entre los que reina un espíritu de colaboración y una obediencia⁷⁰ libre y responsable, puntualizará más adelante la inestimable ventaja de gozar **de un mutuo enriquecimiento**:

“Todos juntos recibirán más que cada uno por separado, y entonces **la felicidad será aún mayor** si lo que cada uno, siendo menos capaz, no podría haber recibido por sí mismo, comienza a recibirlo al menos en el otro. Y dicho bien no será suyo si no lo ha amado en el otro. Cosa imposible sin amar al otro...”⁷¹.

La caridad fraterna, actualización concreta de la capacidad de amar

Para entender mejor el significado de la caridad fraterna que se vive en Comunidad, es útil inscribir el pensamiento de Elredo en un horizonte más vasto, el filosófico-cristiano, anticipando así una cuestión por él expuesta en el tratado sobre la *Amistad*.

Es bueno anotar, en primer lugar, que en su concepción de comunidad es dable reconocer ese telón de fondo platónico⁷², retomado y releído desde esa perspectiva cristocéntrica de toda la tradición cristiana y especialmente de san Pablo, quien la convierte en

⁶⁷ *Spec* III, IV 9, p. 236.

⁶⁸ El *Sal* 132 alude a la fraternidad como a una fuerza sagrada que atraviesa la realidad de Israel convirtiéndolo en pueblo sacerdotal.

⁶⁹ *Spec* III, IV 8, pp. 234-235. San Agustín consideraba a este *Salmo* como inspiración y “génesis” de todo monasterio: PL 37,1729.

⁷⁰ ELREDO, *Spec* II, XVII 43, pp. 200-201: “Jamás peleas, jamás discusiones, jamás lloriqueos de personas rudas a causa de una vil opresión... Por todas partes paz, tranquilidad... Entre los hermanos una utilidad y concordia tan grandes que las cosas de cada uno parecen de todos y las de todos de cada uno... Sólo la necesidad produce las discusiones... Lo que es producido por todos conjuntamente, se distribuye a cada uno (...) según la necesidad de cada uno”.

⁷¹ *Spec* III, IX 27, p. 248. Y Elredo agrega además, en el punto sucesivo: “Dado que el bien del prójimo nos proporciona tanto gozo como nuestro [propio] bien, con toda justeza se dice: *Amarás a tu prójimo como a ti mismo (Mt 22,39)*” (*ibid.*, 28).

⁷² PLATÓN, *Rep* 462 c-d: «¿Hay acaso desgracia peor para el estado que aquella que lo divide y fracciona compartimentándolo en tantas facciones en lugar de mantenerlo unido?... La distinción... al interior de cosas idénticas tiene una función disgregadora, si para los mismos acontecimientos en el estado o entre los ciudadanos unos tienen una inmensa aflicción, mientras que los otros tienen una gran alegría... Cuando, por ejemplo, uno de nosotros se hiere en un dedo, la percepción se difunde a toda aquella unidad que comprende cuerpo y alma y que es constituida en unidad por su parte predominante, de modo que todo el organismo padece si una parte es golpeada por el dolor; y así sucede que digamos: “al hombre le duele el dedo”. Esto vale para todo miembro del hombre, sea en lo que respecta al dolor, cuando una parte sufre, sea en lo que respecta a la percepción del placer, cuando uno se siente bien...».

piedra angular de la concepción de la iglesia-comunidad, cuerpo de Cristo vivo y operante en la historia⁷³. La Comunidad es signo y profecía de dicha realidad: es ese **cuerpo con cohesión, gracias a los ligamentos que lo vivifican y a la acción armoniosa de todos los miembros**, animado y vivificado por aquella energía que es el *ágape* de Dios, mejor aún, que es Dios mismo visible y *socialmente* presente en la historia de los hombres.

Además, es necesario tener en cuenta lo que el Abad de Rievaulx dirá en el *Tratado sobre la Amistad espiritual* referido no sólo a la naturaleza del amor sino también a la filosofía moral de Séneca y Cicerón, a su visión estoica del universo:

“Quiso también, según lo establecido por Su eterna inteligencia, que la paz penetrara a todas sus creaturas y que se unieran en sociedad; de manera que todas recibieran **de Él, que es pura y sumamente Uno, alguna impronta de unidad. Por eso a ningún género hizo solitario**, sino que unió a muchas creaturas en una cierta sociedad”⁷⁴.

Es Dios quien quiso que los hombres estuvieran unidos “en una cierta sociedad”.

El hombre, social por naturaleza, crece en el amor junto a otros, con los cuales puede actuar en concreto la plena capacidad de amar y conseguir la propia felicidad: la caridad perfecciona la dimensión social del hombre. Esto responde a la Voluntad de Dios, que lo ha querido “en una cierta sociedad”, y en la de Cristo, el Cual lo conduce a la vida eterna junto a los hermanos, según está escrito en la *Regla*⁷⁵.

Todo esto ayuda a entender la antropología teológica elrediana en el *Speculum caritatis*. En la Comunidad monástica, en la que existe el compromiso de la caridad y se disfrutan sus frutos, cada uno como individuo, pero junto a los otros y estimulado por ellos, se esfuerza en ser auténtico en el amor y en construir el amor (cf. *Ef* 4,15-16). De modo que [poder] pertenecer [a la Comunidad], además de ser un Don preciosísimo, se convierte en camino específico de *liberación*, de unificación progresiva y de cumplimiento: en la convivencia comunitaria la caridad, hace pregonar *una unión* que se realiza en el amor en común a Dios y se consume en Él. Pero todo esto se verá con mayor claridad aún cuando Elredo, siempre en el *Espejo*, se ocupe de la amistad⁷⁶.

Se entiende, entonces, por qué, según el Abad de Rievaulx, la experiencia de la amistad es una óptima ayuda para profundizar en el sentido del amor verdadero y para crecer en el amor a Dios, sin crear ese escrúpulo que sin embargo san Bernardo deja transparentar, apesadumbrado por tener necesidad de la mediación del otro, por ser indigno de sentir directamente la dulzura divina. Escrúpulo que, sin embargo, se disolverá al considerar que si el Señor dispensa sus beneficios indirectamente, lo hace para vencer nuestra soberbia manteniéndonos en la humildad, o para alimentar la caridad fraterna, o para incrementar aún más nuestro deseo⁷⁷.

⁷³ Porque así como en un solo cuerpo tenemos muchos miembros con diversas funciones, también todos nosotros formamos un solo Cuerpo en Cristo, y en lo que respecta a cada uno, somos miembros los unos de los otros (*Rm* 12,4-5). Así como el cuerpo tiene muchos miembros, y sin embargo, es uno, y estos miembros, a pesar de ser muchos, no forman sino un solo cuerpo, así también sucede con Cristo. Porque todos hemos sido bautizados en un solo Espíritu para formar un solo Cuerpo –judíos y griegos, esclavos y hombres libres –y todos hemos bebido de un mismo Espíritu. ... El cuerpo no se compone de un solo miembro sino de muchos. Si el pie dijera: “Como no soy mano, no formo parte del cuerpo”, ¿acaso por eso no seguiría siendo parte de él? ¿Un miembro sufre? Todos los demás sufren con él. ¿Un miembro es enaltecido? Todos los demás participan de su alegría. Ustedes son el Cuerpo de Cristo, y cada uno en particular, miembros de ese Cuerpo (*1 Co* 12,12-15; 26. 27). Por el contrario, viviendo en la verdad y en el amor, crezcamos plenamente, unidos a Cristo. El es la Cabeza, y de él, todo el Cuerpo recibe unidad y cohesión, gracias a los ligamentos que lo vivifican y a la acción armoniosa de todos los miembros. Así el Cuerpo crece y se edifica en el amor (*Ef* 4,15-16).

⁷⁴ ELREDO, *Am* I 53, p. 96.1

⁷⁵ *RB* 72,12: “Qui [= Christus] nos pariter ad vitam aeternam perducit”.

⁷⁶ ELREDO, *Spec* III, XXXIX 108, pp. 309-310.

⁷⁷ San BERNARDO, *SCt* 14,6,2-3: “¿Qué era esto sino el bálsamo embriagador del perfume que aquella persona exhalaba? No era la unción sino un aroma que lo percibía solamente a través de otro ser humano. Y aunque me alegraba de aquel don, tan suave exhalación me avergonzaba y humillaba... me reconocía por ello indigno de que Dios me hiciese sentir directamente su dulzura. Cuando ahora vuelve a sucederme lo mismo, recibo ávidamente el don que se me ofrece y lo agradezco, pero me aflige no haberlo merecido por mí mismo”. Por lo tanto, también san Bernardo ha experimentado que la palabra o la presencia de una persona espiritual, o el mero recuerdo de un difunto,

3. La relación amistosa, medio para conformarse a Cristo

Si estudiamos a fondo la concepción que Elredo tiene de la amistad, vemos que el amigo se convierte para él en expresión visible del ideal personal del amor divino en Jesucristo⁷⁸. La amistad espiritual es un *sacratísimo tipo de amistad*, porque Jesús, viviéndola, – prefiriendo a san Juan, *aquel discípulo al que Jesús amaba*–, “la transformó en un ejemplo de su amor”⁷⁹. Meditados y reproducidos, todos los gestos y las palabras de Jesús son gestos eficaces. Esto es aplicación de la doctrina sacramental de la humanidad de Cristo, tan querida por los cistercienses⁸⁰.

Por lo tanto, en la relación de amistad el hombre,- y el monje-, tienen un medio *sagrado* de santificación, para conformarse a Cristo, para amar a Dios: posee una vía de acceso a la amistad divina. **De la experiencia de una verdadera amistad es posible deducir el sentido del amor verdadero y del amor a Dios.** De hecho, la conformidad de los propios sentimientos y de la propia voluntad con los del amigo, además de ser una ayuda en la personal respuesta a Dios⁸¹, **permite percibir la perfección de una adhesión total a Su voluntad**⁸².

Ciertamente, para que el hombre pueda gozar del amor fraterno y de la amistad debe poseer un amor abierto, “que abraza a todo el género humano”, fuerte, que “no se acobarda por la ofensa de alguno”⁸³. Para gozar del amigo, para recoger los frutos del amor, debe gozarlo con sabiduría, con santidad y justicia: *gozándolo en el Señor*⁸⁴. **Amar es desear realmente el bien del otro, en el mutuo respeto profundo y en la verdad.** Es interesante notar que Elredo había traído a colación el ejemplo de Filemón para poner en evidencia que *del amigo se goza en el Señor*.

«Son dos las cosas a elegir para gozar de ellas, Dios y el prójimo, aunque de manera diferente. A Dios para gozarlo en sí mismo y por sí mismo; al prójimo para gozarlo en Dios, más aún, para gozar a Dios en él. Aunque este término “gozar” normalmente se usa en sentido estricto, como si debiéramos gozar únicamente de Dios y de ninguna otra cosa, sin embargo, hablándole a un ser humano dice: *Así hermano, gozaré de ti en el Señor (Flm 20)*⁸⁵».

o de una persona ausente derretían la frialdad de su espíritu, pero, aunque gozaba del don, veía en ello algo inferior por recibirlo a través de otro, y se sentía humillado y dolorido por no haberlo merecido por sí mismo.

⁷⁸ Ch. DUMONT, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.* en mi nota 2, cf. p. 362. En el fondo de esta concepción de Elredo está toda el valor de la devoción bernardiana a la humanidad de Cristo, introducción al amor del Verbo: el hombre, atraído por Cristo, a Él se conforma: pasa del amor sensible a la contemplación, que no es intelectual sino unión de conformidad (cf San Bernardo, *SCt 82,7-8*).

⁷⁹ ELREDO, *Spec III*, XXXIX 109-112, cita del 110, p. 311.

⁸⁰ Ch. DUMONT, *L'amour fraternel dans la doctrine monastique du Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.* en nota 2, cf. pp. 344-345; también *Idem*, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en *ibid.*, cf. p. 362; para san Bernardo todos los gestos y palabras de Cristo son sacramentales. Léase también P. A. BURTON, *Contemplation et imitation de la Croix: un chemin de perfection chrétienne et monastique d'après le «Miroir de la Charité»*, en *Coll. Cist. 55* (1993) 140-168, p. 150: «Toute l'existence terrestre de Jésus est... un *sacramentum* offert aux yeux de la foi – *sacramentum fidei*– de cette immersion du divin dans l'humain. Toutefois, pour celui que sait reconnaître cette présence de Dieu parmi les hommes ce *sacramentum* devient également une invitation à suivre le Christ. Aussi, le *sacramentum* est-il en même temps un *exemplum* à imiter».

⁸¹ ELREDO, *Spec III*, XXXIX 109, p. 311; XL, 112, p. 313 (“para exhortarse y corregirse mutuamente”).

⁸² Cf *Spec III*, XXXIX 109, p. 311: “tú te unes y te das a él [= al amigo] de manera tal que el alma se funde con el alma y de los dos se hace una unidad”. Léase Ch. DUMONT, *L'amour fraternel dans la doctrine monastique du Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.* en mi nota 1, cf. p. 346.

⁸³ ELREDO, *Spec III*, IV 11, p. 238. Léase Ch. DUMONT, *L'amour fraternel dans la doctrine monastique du Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.* en mi nota 1, cf. pp. 344-345.

⁸⁴ ELREDO, *Spec III*, XL 111, cf. pp. 312-313.

⁸⁵ *Spec III*, IX 28, p. 248 (cf también *Spec III*, XXXIX 108, p. 309: “Existe un gozo temporal, del cual podemos gozar mutuamente en esta vida, al igual que Pablo gozó de Filemón y existe un gozo eterno, del que gozaremos mutuamente en el cielo...”). Como lo ha notado Bouyer este pasaje es importante. Aquí Elredo tiene en mente a san Agustín, pero, en nombre de la Escritura y con realismo humano y bíblico, le restituye a la creación un valor propio (L. BOUYER, *La Spiritualité de Cîteaux*, Flammarion, Paris 1954, cf. p. 181).

· *Ita frater ego te fruar in Domino refice viscera mea in Domino* es la versión de la *Vulgata*. *Fruar* = gozar, sólo en esa versión, que es la utilizada por Elredo (N.d.T).

En efecto, el hombre es capaz de Dios (*capax Dei*), *es relación* y no está simplemente *en relación*; el otro participa de su relación con Dios, está incluido. Se ha subrayado que desde un punto de vista psicológico es ambigua la fórmula *amo al otro por amor de Dios*, siendo más correcto decir *amo al otro en Dios*⁸⁶. Si no es amado *en Dios*, el otro queda reducido a un ser finito, limitado, que termina por desilusionar. Podría todavía precisarse que el amor fraterno y de amistad no es jamás únicamente *medio* para lograr otra cosa, ni siquiera por amor a Dios: **es ya amor de Dios por participación.**

4. La amistad se justifica “por naturaleza” y es exigencia de nuestra condición humana

Ya en el *Speculum caritatis* Elredo insinúa el fundamento “natural” de la amistad⁸⁷, que es además exigencia de nuestra condición humana. Si la caridad debe ser *universal*, y si por una parte debe abarcar a todos, por otra parte **dados los límites que nos impone nuestra condición humana, la concreción de nuestro afecto no puede concederse por igual a todos**, –”Pues son de hecho bien pocos, tal vez ninguno, los que logren amar a todo el género humano no sólo con una caridad racional, sino con un afecto íntimo”⁸⁸–, y *no a todos puede proveer*. Según san Elredo al amor del hombre hacia su prójimo se le concede ser absolutamente *preferencial*:

“aun teniendo la voluntad de proveer a todos, dado que la actual pobreza no nos permite llegar a todos... se provea preferentemente a quien esté más al interno”⁸⁹.

[Es decir, como lo había dicho poco antes, con *aquellos que os están unidos con el dulcísimo vínculo de la amistad espiritual*⁹⁰].

La *preferencia* no sólo no contradice sino que concuerda perfectamente con el orden del amor, satisfaciendo la necesidad de que nuestro amor humano, para ser auténtico y sobrenatural, esté dirigido a lo que es justo y conveniente amar.

⁸⁶ A. CENCINI - A. MANENTI, *Psicología e Formazione. Strutture e dinamismo*, EDB, Bologna 2000, cf. p. 180 y allí la nota 39 que remite a J. DE FINANCE, *Devoir et Amour*, en *Gregorianum* 2 (1983) 243-272.

⁸⁷ Elredo, *Spec III*, XVII 40, p. 258: “Al amigo hay que hacerle el bien por naturaleza, ya que es un ser humano o también un familiar”. Cf *Am I* 51, p. 95 (también 58, p. 98 y 61, p. 99).

⁸⁸ *Spec III*, XXXIX 108, p. 310.

⁸⁹ *Spec III*, XXXVIII 106, pp. 308-309. En un primer momento, **cuando Elredo explica el ordenamiento del amor al prójimo, pone en primer lugar a los hermanos en religión [= “cohermanos”]**, aquellos que comparten con nosotros el yugo de la profesión religiosa (explica que el amor hacia los *parientes* está inscrito en la naturaleza y que el amor hacia los *amigos* no supera la justicia farisea, la ley antigua favorecida por los impulsos de aquella que es natural [*Spec III*, IV 9, pp. 235;236]), pone luego el amor *hacia aquellos que están fuera de la Iglesia*, y, finalmente, el amor *hacia los enemigos* (*Spec III*, IV 9-11, pp. 235-238), amor al que corresponde la perfección (cf. *Mt* 5,44-48 en *Spec III*, IV 9, p. 237).

Más adelante cuando el Abad de Rievaulx **pasa a ilustrar la universalidad y el orden de la caridad**, – recurriendo a la alegoría del arca de Noé (*Spec III*, XXXVIII 103-106, pp. 307-309)–, y puntualiza el tipo de ayuda ofrecido por la caridad, **es decir, cuando quiere valorar los deberes concretos que tenemos hacia los otros, toma en consideración nuestra condición creatural incapaz de satisfacerlas necesidades materiales de todos** (*Spec III*, XXXVIII 103, p. 307; 106, pp. 308-309: “la multitud de los prójimos es tan grande que [aunque deseándolo] no logramos satisfacer las necesidades materiales de todos”, y dice que en el arca espiritual de nuestro corazón debe incluirse a todos, pero que, **sin confusión y con el debido orden, a cada uno le viene asignado un lugar preciso, que reflejan las preferencias del amor y la correspondiente dedicación o donación**. Por lo tanto, en las partes inferiores, se ubican los *enemigos*, después, en un lugar superior, *los hombres terrenales, dedicados al placer*, las celdas externas están reservadas a los *hombres de fuera*, aquellas internas *a todos aquellos que comparten con nosotros la fe*, más arriba se ubican los *consanguíneos* o los cercanos por motivos de trabajo; todavía más arriba, *aquellos que no tienen el deseo de la perfección pero no se rebajan a las distintas miserias*; siguen los *virtuosos*, que se ubican tanto más arriba cuanto más cerca de Dios se hallan, y, entre ellos, en el lugar más secreto, los *amigos*. El puesto principal, más alto y más íntimo, por fin, queda reservado para *Jesús*, constructor y reparador del arca.

Sólo una clase de “donación” no tiene límites: la de la caridad de la oración; mientras que, en lo *concreto*, tenemos que tomar muy en cuenta nuestra pobreza, que no nos permite proveer a todos de la misma manera, sea material o espiritualmente (por ejemplo, a quien se ha extraviado se le dispensará exhortación y corrección y aquella ayuda material que sea posible), de modo que ha de preferirse el grado superior, comenzando por el más interno.

⁹⁰ *Spec III*, XXXVIII 106, p. 308.

Esto además significa que la amistad es **una gracia concedida al hombre para que pueda amar con mayor facilidad**⁹¹ e íntegramente, con todas las fuerzas, con el fin de expresar de la mejor manera lo mejor de sí mismo y de la propia riqueza. En realidad, desde el punto de vista psicológico, *la apertura hacia todos no es posible si no nos sabemos abrir hacia alguno*, al menos hacia uno, en profundidad. La amistad electiva y unitiva es, en cierto modo, el banco de pruebas de la disponibilidad de cada uno hacia la entera humanidad, sus problemas y sus ansias. Muchos hablan de amor hacia los demás, pero no saben vivir una amistad con todas las exigencias de fidelidad, esfuerzo, constancia, tenacidad, concreción. Sólo amando auténticamente a alguno se estará preparado para abrazar a todos⁹².

5. La amistad, espejo de sí y de los propios deseos más profundos

Elredo sabe que en el camino hacia Dios y hacia la unión con Dios, la ayuda de los otros es preciosa. De acuerdo con la antropología de Cîteaux el hombre advierte que es individuo y persona, pero también alguien que no se basta a sí mismo, sino que se descubre y llega a ser él mismo siempre gracias a los otros. Si se quiere es lo que expresa *Pr 27*, en un capítulo que proclama con diversos matices el carácter social del ser humano, en especial el v. 19, que en cierta manera condensa el significado del otro: *Quomodo in aquis resplendent vultus prospicientium, sic corda hominum manifesta sunt prudentibus (Vg)*⁹³. El rostro del hombre que se desdobra al reflejarse en el agua, sugiere que uno **no se ve directamente**, sino en la imagen similarísima a la suya que es [el rostro] del otro. Ese otro, para Elredo, es el amigo, del cual se tiene necesidad para “verse”, para conocerse.

Es evidente que desde el punto de vista psicológico la confrontación con el otro educa en la superación de sí en lo moral y sobre todo en el amor, de modo que la relación de amistad asume una **función pedagógica**, ya que estimula a encarnar en la propia vida aquello que se aprende del comportamiento del amigo, en el cual se refleja lo que nosotros podríamos ser, con nuestras potencialidades explicitadas, y nos remite, al mismo tiempo, a la toma de conciencia de nuestros propios límites. En el amigo se reconoce el rostro personal, aquello que uno quisiera ser y vivir, desde lo físico hasta los más nobles ideales. En el *Espejo de la caridad*, el elogio de Simón, el amigo desaparecido, significa para Elredo, casi una materialización de aquella imagen ideal que, más o menos conscientemente soñaba para sí mismo en el fondo de la propia alma. Reflexionando sobre el amigo, Elredo enumera y describe las virtudes que él, en cuanto cristiano y monje desearía poseer, cualidades que constituyen su horizonte de valores.

Dicho horizonte encuentra su significado más profundo en la *afectividad de Cristo*, que lloró la muerte de Lázaro⁹⁴. Volviendo entonces a la meditación del Abad de Rievaulx sobre la muerte de su amigo Simón⁹⁵, podremos descubrir una vez más cómo el amigo es *un espejo para el autoconocimiento*: Elredo reevoca de Simón, –evidentemente comparándose–, las virtudes que más lo atraen: “la piadosa *conversatio*, la *humilitas*, la *tranquillitas*, la *gravitas*, el *pudor*, la separación del mundo, el amor al silencio y a la soledad, la asidua meditación de las Sagradas Escrituras, la alegría sobrenatural”⁹⁶. Concretiza [en Simón] aquello que desea para sí, aquello a

⁹¹ Cf *Am I* 58-59.

⁹² L. CIAN, *Cammino verso la maturità e l'armonia, op. cit.*, cf. p. 177. El autor afirma claramente que “la parábola de la amistad cristiana va de alguno hacia todos y de todos a alguno” y que “el amor virtual hacia todos se actualiza en la amistad” (*ibid*).

· Hemos corregido un error de la autora, ya que ella dice, en el texto italiano, que el versículo *Como el rostro se refleja en el agua, así el hombre en el corazón humano*, se halla en *Sir 27*, siendo que “*Sir*” es la abreviatura del *Sirácida*, y no de *Proverbios* (N.d.T.).

⁹³ Tampoco en hebreo el versículo es de fácil interpretación, ya que puede querer decir que al igual que el rostro se duplica y refleja en el espejo del agua, también el hombre se refleja en su conciencia, o tal vez, que al igual que en el agua un rostro corresponde al otro, del mismo modo un hombre responde al corazón del otro comprendiéndolo: su perfecta semejanza permite la comprensión, el conocimiento.

⁹⁴ ELREDO, *Spec I*, XXXIV 112, p. 163: las lágrimas de Elredo se disculpan con “tus lágrimas, oh Señor Jesús, aquellas que derramaste por la muerte del amigo [*Jn 11,36*], que... permiten comprender tu caridad. Te revestiste, oh Señor, del afecto hacia nuestra debilidad...”.

⁹⁵ *Spec I*, XXXIV 98-114, pp. 153-166.

⁹⁶ *Spec I*, XXXIV 107-108, pp. 159-160.

lo que aspira⁹⁷. Mientras tanto, *su recuerdo se sobrepasa en caridad*, sube la escala y, del amor al amigo, llega a la dulzura del amor divino, seguro de poder continuar la relación de amistad – tan beneficiosa ya en el exilio terrenal–, en la Comunión perfecta del Paraíso⁹⁸.

6. La amistad, experiencia anticipada del gozo eterno

La obra que Elredo dedica a la Caridad concluye con un himno a la amistad y al disfrutar de los amigos⁹⁹. Habla del amor perfecto¹⁰⁰, que luego de la fase de la elección y de la atracción, llega al momento conclusivo de la fruición y del gozo. La amistad es para él una experiencia anticipada, aunque limitada, de aquello “de lo que gozaremos mutuamente en el cielo”:

“Hay un gozo temporal, del cual podemos gozar mutuamente en esta vida, como Pablo gozó de Filemón y hay un gozo eterno, del cual disfrutaremos mutuamente en el cielo...
... En esta vida no llegamos a disfrutar de todos, sino más bien de unos pocos. De hecho me parece que usamos de algunos como prueba [= de los enemigos], de otros para instrucción [= de los maestros], de otros para consuelo [= de los ancianos] y de otros como sostén [= de aquellos que nos proporcionan lo necesario] (...)
... Y únicamente de aquellos que estrechamos con un determinado y suave afecto... los utilizamos para dulzura de la vida y deleite del espíritu. De estos últimos, por tanto, podemos gozar también en la vida presente **con gozo** y deleite”¹⁰¹.

La función del otro es siempre esencial: existe una dependencia radical de los unos hacia los otros, ya que nadie puede contar sólo consigo y cada uno, tanto para vivir como para crecer humana y espiritualmente, tiene necesidad muchas y distintas personas.

El amigo, en todo caso, trasciende el plano de la necesidad. De hecho colma todas las necesidades en el sentido que las relega a segundo plano, dando una experiencia de mayor gratificación (de gozo). Y aquello que acompaña y especifica la experiencia de amistad, la alegría, asegura que no se trata de una satisfacción interesada: es una de las respuestas más puras que brota de los niveles más profundos del alma y que surge sea de percibir la propia unión con el otro, –o la intensificación de dicha unión–, sea por el aprecio del otro tal cual es¹⁰².

La característica de la alegría atraviesa el amor de amistad, como Elredo lo repite en *Am I*, 19¹⁰³, precisando acto seguido la cualidad de tal alegría no egoísta, desde el momento que el amigo es el *custodio del amor y del alma* (*ibid.*, 20): la resonancia interior que hace experimentar sensaciones intensas de bienestar y de alegría posee un significado vitalizante que no degenera jamás en posesión o dominio del otro, ni se orienta en tendencias de captación.

Como veremos más adelante, la amistad fraterna es fuente de alegría auténtica en la medida en la que refleja cualidades divinas.

III. La Amistad espiritual en la obra a ella dedicada

1. Amistad humana

⁹⁷ A. MAIORINO TUOZZI, *La “Conoscenza di sé” nella Scuola Cisterciense*, Ist. It. Pergli Studi Storici, Napoli, edición 1977, cf. p. 113 respecto a las virtudes y luego las pp. 111 y 116.

⁹⁸ ELREDO, admirando las virtudes de quien le ha hecho el bien, eleva a sentimiento racional el sentimiento de obligación por los beneficios recibidos.

⁹⁹ ELREDO, *Spec III*, XXIX 109-113, pp. 311-314.

¹⁰⁰ *Spec III*, XX 48, pp. 263-264: el amor perfecto es síntesis de sentimiento, razón y voluntad, además es dulce, en cuanto se ama lo que es amado y porque es digno de amor y fructuoso.

¹⁰¹ *Spec III*, XXXIX 108, pp. 309-310.

¹⁰² Cf. *Am III* 62, p. 145.

¹⁰³ *Am I*, 19, p. 88: “El amor es un sentimiento del alma racional, con el cual ella busca deseosamente un bien y hacia él tiende para gozarlo. Sentimiento del que goza con una cierta íntima y divina suavidad, conservándolo con cuidado”.

El joven Elredo, aún antes de entrar al Monasterio estaba fascinado por la experiencia del amor, “de modo que, –como escribe en el Prólogo del Tratado, calcando las *Confesiones* de san Agustín–, nada me parecía más dulce, nada más gozoso, nada más útil que amar y ser amado”¹⁰⁴. Es claro, además, que en el plano sólo humano aprecia la amistad al punto de decir que *quien no la experimenta no es realmente humano*¹⁰⁵ y aunque se tratase del hombre en estado de justicia original, sería incompleto, “un infeliz”¹⁰⁶. En verdad estaríamos ante *alguien sin alegría y sin comunicación*:

«Puede compararse con una bestia aquel que no tenga alguien con quien compartir los momentos alegres y llorar en los tristes; alguien con quien desahogar lo que apesadumbra el corazón, alguien con el que compartir las ideas extraordinarias y sublimes que se le ocurrieran, (...) alguien “a quien hablar como a sí mismo”, alguien con quien no temas confesarte si estás caído; ante quien no te ruborices de revelar tus progresos en los asuntos espirituales; alguien a quien puedes confiar todos los secretos del corazón y confiarle los proyectos»¹⁰⁷.

Para el Abad de Rievaulx, la amistad es afecto “totalmente impreso en el corazón por la naturaleza”¹⁰⁸, pero si en el *Speculum caritatis* se evidencia más bien en la *caridad* la huella de Dios en sus criaturas¹⁰⁹, en el *De Amicitia spiritali* muestra esa misma impronta en la *unidad*¹¹⁰, que es la profundidad última del amor¹¹¹. Estos subrayados diversos comportan explicaciones distintas: la caridad reverbera en el orden y en la paz¹¹², mientras que la unidad brilla en las virtudes¹¹³.

La amistad es, por tanto, exigencia fundamental, porque corresponde al orden de la naturaleza fijado por el Creador. Y Elredo, apoyándose en la antropología bíblica, da un paso ulterior con el fin de poner en evidencia que el significado de la unidad originaria del hombre, que Dios creó varón y mujer, está en la entera dotación de su ser que pasa a través de la dualidad, la alteridad, para probar la necesidad-valor de la *sociabilidad*:

“En fin, habiendo creado al hombre, **con el fin de recomendar más profundamente el bien de la amistad**: *No es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él*. No extrajo la divina potencia dicha ayuda de una materia similar o igual; sino que, **para dar un incentivo aún más expresivo de caridad y de amistad**, creó la mujer de la sustancia del mismo hombre.

Y es hermoso que la segunda persona haya sido creada del costado de la primera. De este modo la naturaleza nos enseña que **somos todos iguales y casi colaterales**, que no hay entre las humanas realidades superiores o inferiores, **lo cual es característico de la amistad**”¹¹⁴.

Si analizamos *Gn 2,18*, vemos que las palabras del Creador: *no es bueno que el hombre esté solo; hagámosle una ayuda semejante a él*, revelan una **carencia fundamental y básica** de la criatura humana, es decir, que ella en solitario no puede realizar totalmente la esencia de la

¹⁰⁴ *Am, Prol* 1, p. 81.

¹⁰⁵ *Am* I 11, p. 86; y sobre todo II, 10, p. 106; II 49, p. 118, citando a Tulio: “eliminan el sol del mundo, aquellos que eliminan de la vida la amistad...” y, superándolo, especifica: “yo diría que no son hombres sino bestias aquellos que afirman no tener que ser para nadie motivo de consuelo, de peso o de dolor. Tanto es así que no sienten ninguna alegría ante el bien del otro, ni sufren por sus maldades” (II 52, p. 119, que vuelve a repetir lo que ya había afirmado en II 10, p. 106: “Se puede comparar con una bestia aquel que no tiene a nadie con quien alegrarse en los momentos de felicidad y llorar en los de tristeza...”).

¹⁰⁶ *Am* III 77, p. 151.

¹⁰⁷ *Am* II 10-11, p. 106 (cf. I 55-58, pp. 97-98).

¹⁰⁸ *Am* I 51, p. 95 (también 58, p. 98 y 61, p. 99).

¹⁰⁹ *Spec* I, XXI 59, p. 123: “Contempla entonces todas las criaturas... y sin duda descubrirás aquella divina bondad que nosotros denominamos caridad...”.

¹¹⁰ *Am* I 53, p. 96: “[Él, el Ser supremo] quiso... que la paz penetrara a todas sus criaturas y que se unieran en sociedad; de manera que todas recibieran **de Él, que es pura y sumamente Uno, alguna impronta de unidad**. **Por eso a ningún género hizo solitario**, sino que unió a muchas criaturas en una cierta sociedad”.

¹¹¹ Cf *Am* I 54, p. 97: “impronta de amor”.

¹¹² *Spec* I, XXI 59, pp. 123-124.

¹¹³ *Am* I 65, p. 100: “... muchas veces, especialmente en las virtudes, las cosas más pequeñas se unen a las más grandes, las buenas a las mejores, las más débiles a las más fuertes, aunque entre ellas no se igualen”.

¹¹⁴ *Am* I 57, pp 97-98.

persona y que la realiza únicamente existiendo *con y para* alguien. En la interpretación del Abad de Rievaulx, esas palabras aluden a la **mayor plenitud** que el Señor ofrece al hombre dándole *una ayuda semejante a él*, es decir la presencia de reciprocidad del otro, y la posibilidad de superar su soledad negativa: “para recomendar más profundamente el bien de la amistad”, dice Elredo, “para dar un incentivo más expresivo de caridad y de amistad”.

Elredo presenta la importancia esencial de la relación con el otro de la siguiente forma: para que haya humanidad es indispensable la alteridad (cf. *Gn 2,18^a: no es bueno que el hombre esté solo*), **una relación de reciprocidad caracterizada por la igualdad** (cf. *Gn 2,18^b: hagámosle una ayuda similar a él*) y que es necesario descubrir no sólo como reflejo del amor divino¹¹⁵, sino como fuente de crecimiento para el hombre. Esto en el plano humano.

Y para completar ya desde ahora la concepción de Elredo, anticipo que para él aquella sociabilidad natural del hombre que se explica por la Voluntad del Creador adquiere un valor nuevo por la Encarnación, ya que Cristo, *absens corpore*, está siempre *praesens divinitate* en medio de los seres humanos¹¹⁶, de manera que la relación con el otro viene a ser siempre también una relación personal y directa con Cristo¹¹⁷.

Después de su entrada en la vida monástica Elredo *quiere amar espiritualmente*¹¹⁸, tiene necesidad del dulcísimo Jesús y de la Escritura¹¹⁹: no le alcanza con haber encontrado en el *De amicitia* de Cicerón una doctrina y un modelo en el que inspirar la práctica de sus afectos y de sus amores¹²⁰, ya que allí Cristo está totalmente ausente¹²¹; ya no le basta una amistad que permanece en el plano humano, “de hombres carnales”, porque ella, como máximo, debe ser “el comienzo de una amistad más santa”, es decir debe convertirse en una etapa que después, gracias a los esfuerzos en la vida espiritual y en virtud de la gracia, abre a los amigos a “un afecto más puro” haciéndolos subir “a metas más altas”. Se trata del “pasaje de la amistad del hombre a la de Dios”¹²², pasaje que le parece tan esencial que se sentirá inducido a escribir sobre la amistad espiritual para fijarse “las reglas de un amor casto y santo”¹²³.

Antes de considerar qué cosa sea la amistad *cristiana* para Elredo, quisiera aludir a la amistad en Aristóteles, ya que este análisis nos permitirá captar mejor la agudeza y profundidad de la concepción de Elredo.

2. La amistad en la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles¹²⁴

Aristóteles trata de la amistad en la *Ética*, que en realidad es una doctrina de las virtudes: es la elaboración racional de las estrategias que permiten a los hombres obtener la felicidad, lo cual, por la complejidad de la existencia, puede conseguirse fragmentariamente en las distintas virtudes individuales o *excelencias (aretái)* en que se dividen los diversos ámbitos de la vida.

¹¹⁵ “Dios infinitamente poderoso y sumamente bueno” (*Am I 51*, pp 95-96), quiso que sus criaturas se uniesen en sociedad (53, p 96) y, específicamente que el hombre tuviese “una ayuda similar a él” (57, p 97).

¹¹⁶ Así MAIORINO, de la cual tomamos la cita de Elredo, *De oneribus*, serm 7,387B; cf *Ascens*, 288ab (A. MAIORINO, “La Christologie affective d’Aelred de Rievaulx”, en *Collectanea Cisterciensia* 29 (1967) 44-60, cf. p. 55).

¹¹⁷ Esto es ejemplificado por las palabras con las que Elredo abre el diálogo con su amigo Ivo al comienzo del diálogo sobre la amistad: “Henos aquí, tú y yo, y, así lo espero, tercero entre nosotros Cristo” (Elredo, *Am I 1*, p. 83).

¹¹⁸ *Am Prol 6*, p. 82: “deseaba amar espiritualmente...”.

¹¹⁹ *Am Prol 5*, p. 82; nuevamente en *Am I 7*, p. 85.

¹²⁰ Cf *Am Prol 1*, p. 81; también *ibid.*, 4, p. 82: “Repensaba en aquello que había leído en aquel libro sobre la amistad, y me maravillaba de que ya no me gustara como antes”; además cf *Am 1,6-7*, pp. 84-85.

¹²¹ Cf *Am I 8*, p. 85.

¹²² *Am III 87*, p. 155.

¹²³ *Am, Prol 6*, p. 82.

¹²⁴ Para este punto, he tomado las citas de la *Etica Nicomachea* de G. SALMIERI, *Homo capax hominis. Alterità e costruzione dell’Io*, en AA.VV., *L’Altro, l’Estraneo, La Persona* (a cargo de A. RIGOBELLO) Urbaniana University Press, Città del Vaticano 2000, pp. 129-154, cf. para Aristóteles, las pp. 141-146.

Complacencia de la amistad y su valor ético

En la concepción aristotélica, la **amistad**, la *philia*, es una especie particular de sentimiento, de afecto¹²⁵, que *va acompañado por comportamientos de tipo virtuoso* –entre ellos la sinceridad y el querer el uno el bien del otro¹²⁶–, tiene un valor ético y además realiza el valor de la *complacencia*, elemento característico de la adquisición de un hábito moral¹²⁷.

“... Ella [=la amistad] **o es alguna virtud o bien está cercana a la virtud**, y además es muy necesaria para la vida. De hecho, sin amigos nadie elegiría vivir, aunque poseyera todos los otros bienes. ...Y no sólo es cosa necesaria, sino también **bella**: de hecho alabamos a los amantes de la amistad, y tener muchos amigos parece ser una de las cosas más bellas; y además la gente percibe que las mismas personas al ser buenas son amigas”¹²⁸.

Las palabras iniciales de este pasaje de Aristóteles están abiertas a la incertidumbre, es decir que no se afirma claramente que la amistad sea una virtud sino, como se desprende del contexto más amplio, lo sería sólo porque en ella *el hombre encuentra ya existente aquella conformación interior que es el objetivo de la virtud*. Si en todas las virtudes se trata en general de contrarrestar un elemento sentimental que empuja hacia uno u otro extremo. En la amistad es precisamente el sentimiento lo que indica –aunque de modo disciplinado por la razón– un comportamiento que lleva a la plenitud personal. En otros términos, es cierto que Aristóteles no califica a la amistad como virtud, pero ella está indudablemente **en la base de todo el edificio moral**, porque transmite el gusto por la vida y es la disposición interior capaz de cumplir y aún de superar las mismas exigencias morales¹²⁹.

Circularidad entre el amor de sí y el amor al otro

Hay otro aspecto de la amistad –término amplio que abarca todas las relaciones que fundan la sociabilidad del hombre, comenzando por las naturales– al que Aristóteles le da una importancia particular: el hecho de que en ella se reequilibra incluso el enfoque individualista de la ética y **la relación entre el amor de sí y del otro se hace circular**. Esto significa que *el que se ama verdaderamente a sí mismo, amará verdaderamente a los demás*, y, gracias a esta amistad, se amará a sí mismo¹³⁰.

“Las actitudes amigables con respecto a los vecinos, por medio de las cuales se definen las amistades, parecen derivarse de aquellas hacia uno mismo. De hecho, definen como amigo al que desea y hace cosas buenas (o que parecen tales) por amor al otro, o al que desea que el amigo exista y viva por amor a él: lo cual es justamente lo que sienten las madres hacia sus hijos... Otros [definen como amigo] al que convive y elige las mismas cosas, o al que está gozoso o triste junto con el amigo (y esto mismo sucede con las madres...). Y al hombre bueno, le corresponde cada una de estas cosas con respecto a sí mismo”¹³¹.

¹²⁵ Cf. ARISTÓTELES, *Eth. Nich.*, IV6, 1126 b19-28.

¹²⁶ *Ibid.*, VIII 3, 1156 a9.

¹²⁷ *Ibid.*, II 3, 1104 b3-8 y además VIII 1, 1155 a26-28. También en su *Etica Eufemia*, el gran filósofo subraya que “la actividad del amor no se da sin placer”, porque lo que es absolutamente bueno es placentero. Por eso los semejantes gozan inmediatamente uno del otro y el hombre es algo gratisimo para el hombre” (*Eth. Eud.*, VII 1237a, 20-30, *op. cit.*, p. 127).

¹²⁸ ARISTÓTELES, *Eth. Nich.*, VIII 1, 1155 a3-31.

¹²⁹ *Ibid.*, VIII 1, 1155 a26-28: “Cuando somos amigos, no tenemos ninguna necesidad de justicia, pero aquellos que son justos tienen más necesidad de amistad, y el máximo de justicia parece ser una actitud amigable”. Aristóteles, en la *Eth. Eud.*, VII 1245a, *op. cit.*, p. 113, distingue las relaciones que nos vinculan con los amigos de las que nos vinculan con los familiares o los compañeros, y puntualiza que los primeros “dependen únicamente de nosotros”; es también interesante la nota explicativa del texto, 180 (*ibid.*, p. 215), que “parecería implicar que en la amistad tenemos todavía más campo para el ejercicio de la *proairesis* personal... **La amistad se convertiría así en el espejo más auténtico de un carácter virtuoso** y también esto puede explicar tal vez cómo la “primera amistad” fue reconocida luego por Aristóteles como la que se estabiliza sobre la base de la virtud (y, además, por qué la cuestión de la amistad tiene tanta importancia y tanto espacio en las *Etiche*)”.

¹³⁰ ARISTÓTELES, *Eth. Nich.*, VIII 12, 1162 a17.

¹³¹ *Ibid.*, IX, 4 1166 a1-11.

El hombre, y el hombre feliz o bienaventurado, nació para vivir junto a los otros.

“Pero tal vez sea igualmente absurdo considerar bienaventurado al hombre solitario: nadie, de hecho, elegiría poseer todos los bienes para él solo, porque el hombre es un ser político, y ha nacido para vivir con otros. También esto es propio del hombre feliz”¹³².

La felicidad, la misma realización humana, está en el compartir.

3. La amistad cristiana según Elredo

Elredo elabora una definición y presenta una descripción de la amistad *cristiana*, que es “verdadera y espiritual” y “sólo para los buenos”¹³³, “para los perfectos”¹³⁴, se da “entre los que tienen costumbres austeras, de vida ordenada y sentimientos correctos”¹³⁵, entre las personas que aunque todavía están llenas de defectos, están dispuestas y se esfuerzan seriamente en cambiar y vencerse a sí mismas¹³⁶, sin prescindir de las reglas psicológicas humanas: “Es muy útil que elijas a alguien que concuerde con tu modo de vivir y que armonice con tu carácter”¹³⁷. La verdadera amistad es **virtud**¹³⁸ y se da entre personas virtuosas¹³⁹. “La **fuente y la surgente** de la amistad es el amor”¹⁴⁰ racional y de sentimiento, es decir “el amor casto por la razón y dulce por el afecto”¹⁴¹.

Como Aristóteles, que reconocía a la amistad el valor de la *complacencia*, elemento característico de la adquisición de un hábito moral¹⁴², también Elredo pone en evidencia el **sentimiento de atractivo** como peculiaridad de la relación amistosa¹⁴³, pero lo que recalca es que **este atractivo surge sobre todo por la virtud del otro**, o sea, se podría decir, a causa de su belleza interior¹⁴⁴.

El atractivo es la intuición de una misteriosa afinidad con el otro –los filósofos hablarían de parentesco ontológico– y del consiguiente impulso hacia aquél que ha hecho vibrar nuestro corazón. Con esto, Elredo toca la génesis misteriosa de la amistad, que pone en evidencia cómo entre las almas existen *familias*, se forman vínculos fundados en la semejanza de los sujetos.

“La amistad es por lo tanto aquella virtud que vincula las almas con una dulce alianza de amor y además la que realiza una unión íntima”¹⁴⁵.

¹³² *Ibid.*, IX, 9 1169 b16-19.

¹³³ ELREDO, *Am* II 38, p. 114: “La amistad puede surgir entre los buenos, progresar entre los mejores, consumarse entre los perfectos” y, como especifica poco después: “Llamamos hombre bueno al que vive en este mundo con sobriedad, con piedad y justicia” (*Am* II 43, p. 116); *Am* III 46, p. 94; *Am* III 59, p. 144.

¹³⁴ *Am* III 48, p. 141.

¹³⁵ *Am* III 12, p. 129.

¹³⁶ Cf. *Am* III 55, p. 143: así, “no sólo no sufre la perfección, sino que, por el contrario, aumenta la virtud...”.

¹³⁷ *Am* III 30, p. 136; también *Am* III 58, p. 144: “Elige a alguien que no sea demasiado desemejante ni demasiado diferente de carácter”.

¹³⁸ *Am* I 8, p. 85. Justamente porque es virtud, la amistad exige ocuparse de ella, es decir, debe ser adquirida y conservada con solicitud: *Am* II 49, p. 118.

¹³⁹ *Am* III 40, p. 138: Elredo cita a Cicerón: “Son dignos de amistad los que tienen en sí mismos la razón para ser amados”.

¹⁴⁰ *Am* III 2, p. 127.

¹⁴¹ *Am* III 3, p. 127; y 54, p. 143.

¹⁴² ARISTÓTELES, *Eth. Nich.*, II 3, 1104 b3-8 y además VIII 1, 1155 a26-28. También en su *Etica Eudemia*, Aristóteles subraya que “la actividad del amor no se da sin placer”, porque lo que es absolutamente bueno es placentero. Por eso los semejantes gozan inmediatamente uno del otro y el hombre es algo agradabilísimo para el hombre” (*Eth. Eud.*, VII 1237a, 20-30, *op. cit.*, p. 127).

¹⁴³ La amistad es “acuerdo en las cosas divinas y humanas con benevolencia y caridad” (ELREDO, *Am* I 46, p. 94) y por “benevolencia”, explica Elredo, se debe entender “la capacidad de amor que vibra en lo íntimo con cierta dulzura” (47, p. 95). Ver también III 3-4, p. 127; cf. *Spec* III, XVII 40, pp. 257-258.

¹⁴⁴ P. A. BURTON, *À propos de l'amitié dans la doctrine spirituelle d'Aelred*, *art. cit.*, p. 249: «ce qui caractérise l'amitié de manière spécifique, c'est l'attrait ou la sympathie qui rend douce et agréable la relation...».

¹⁴⁵ ELREDO, *Am* I 21, p. 88.

*La amistad, un género de caridad y un grado muy perfecto de caridad*¹⁴⁶

Elredo **no identifica amor y amistad**, ya que “puede haber amor sin amistad”¹⁴⁷, **ni separa caridad y amistad**, como si para ser perfectos en la primera, se pudiera olvidar totalmente la segunda. Ya mencioné que él presenta la impronta divina de la unidad en toda la creación. En ella nada de lo no sensible está solo sino unido a las de su especie, las cosas dotadas de vida sensitiva gozan de mutua compañía, la multitud de los ángeles excluye la soledad y la comunión de la caridad aumenta en todos la alegría¹⁴⁸, el hombre y la mujer, finalmente, expresan y recomiendan el bien de la amistad. Pero, luego del pecado de los primeros padres, esta especie de caridad fácil y placentera no es ya universal; permaneció, sí, pero restringida a pocos¹⁴⁹, y es *terapéutica* porque da la paz en los males que se *ven* y se *sufren*¹⁵⁰. Sí, la amistad es un *bien* especial. En ella “está en vigor la eternidad, resplandece la verdad y exhala su perfume la caridad”¹⁵¹. En este punto, Elredo está muy cerca de decir que *Dios es Amistad*, pero esta intuición suya, contemplación del misterio trinitario como fuente última de la relación de amistad, sigue siendo un filamento de luz, cuya profundidad deja inexplorada¹⁵².

“Ivo: ¿Y qué? ¿Diré pues de la amistad lo que Juan, amigo de Jesús, recuerda de la caridad: **Dios es amistad?**”

Elredo: Es una expresión no utilizada y que no tiene el apoyo explícito de la Escritura. Sin embargo, lo que ha sido escrito sobre la caridad, no dudo en aplicarlo a la amistad, porque **el que vive en la amistad, vive en Dios y Dios en él**¹⁵³.

La amistad con otro ser humano conduce a la alteridad vertical: ¡el que “vive en la amistad”, se encuentra en el otro, vive y se encuentra en Dios!

El amor de Dios, fundamento de la amistad

El fundamento de la amistad no es “el modelo natural del amor”¹⁵⁴, sino “**el amor de Dios**”¹⁵⁵, que es también el **criterio**, porque “con él se debe confrontar todo lo que puede sugerir el amor o el sentimiento... controlar con diligencia que todo lo que se construye concuerde con el fundamento... corregir todo según su modelo”¹⁵⁶. De aquí se desprende que “la amistad no debe prevalecer sobre la religión, sobre la fe, sobre el amor a los ciudadanos, sobre la salvación del pueblo”¹⁵⁷, y “no preferir la amistad de uno a la ruina de una multitud”¹⁵⁸.

¹⁴⁶ Ch. DUMONT, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.*, a mi nota 1, pp. 354-355: la amistad «est un genre particulier et authentique de la charité. On connaît sa théorie, naïve mais très significative, de la distinction entre charité et amitié. Adam et Ève étaient amis, mais dès la chute originelle, ils perdirent ce genre de charité facile, qui devint dès lors difficile, puisqu'il nous faut aimer maintenant nos ennemis, aimer tout le monde. Pourtant l'amitié demeure possible, mais avec quelques personnes seulement, en attendant d'être finalement possible avec tout le monde, quand Dieu sera tout en tous».

¹⁴⁷ ELREDO, *Am III 2*, p. 127.

¹⁴⁸ Respectivamente, cf. *Am I 54*, p. 96; 54-55, p. 97; 56, p. 97.

¹⁴⁹ Cf. *Am I 59*, p. 98.

¹⁵⁰ Cf. *ibid.*

¹⁵¹ *Am I 68*, p. 101.

¹⁵² P.M. GASPAROTTO, *Introduzione a Am*, cf. pp. 46-47.

¹⁵³ ELREDO, *Am I 69-70*, p. 101

¹⁵⁴ *Am III 68*, p. 148.

¹⁵⁵ *Am III 5*, pp. 127-128: “Es necesario ante todo poner un sólido fundamento al amor espiritual, en el cual establecer sus principios... El fundamento es el amor de Dios”; también *III 54*, p. 143.

¹⁵⁶ *Am III 6*, p. 128; también *54*, p. 143.

¹⁵⁷ *Am III 46*, p. 140.

¹⁵⁸ *Am III 58*, p. 144.

Y es Dios mismo el que “obra y difunde entre Él y la criatura a la que ha elevado... la amistad y la caridad”¹⁵⁹. Si el amor de Dios es esencialmente el acuerdo de la voluntad humana con la divina, el atractivo experimentado en la amistad es su reflejo: es sólo un grado, aunque no es todavía la perfección, porque el grado sucesivo será la amistad con el mismo Cristo¹⁶⁰.

Cristo, principio, ascenso, fin de la amistad

He aquí que, además de fundamentarla *teológicamente*, Elredo centra y finaliza la amistad *crisológicamente*, dos *leyes* imprescindibles¹⁶¹.

Para Elredo, **Cristo es principio, punto constante de referencia** –ya sea desde el punto de vista ideal como del práctico– **y fin de la verdadera amistad**¹⁶².

“Estoy persuadido de que no puede existir una verdadera amistad entre los que no tienen a Cristo”¹⁶³.

“Qué cosa, en efecto, se puede decir de más sublime con respecto a la amistad, qué de más verdadero y eficaz, que demostrar cómo debe comenzar en Cristo, continuar según Cristo y ser perfeccionada por Cristo”¹⁶⁴.

Que Cristo es el “principio” de la amistad quiere decir que Cristo es el inspirador. Y de Él provienen el amor y los sentimientos con los que amamos a los amigos, e incluso vienen de Él los bienes o frutos de la amistad:

“En la amistad se encuentran unidad y suavidad, verdad y alegría, dulzura y energía, sentimientos y acción. Todas estas cosas que vienen de Cristo, Él las hace crecer, en Él se perfeccionan”¹⁶⁵.

Cristo, que ha llamado a los Apóstoles sus amigos, porque les ha revelado los misterios del Padre, es el “modelo de la amistad”¹⁶⁶.

La vida es misterio y también lo son sus expresiones más profundas, como la amistad, en cuya experiencia concreta Cristo revela un modo más íntimo de acercarse a Él, un modo más humilde y tejido de amor, un modo nuevo de abrirse a Él y de descubrirse orientado a Él.

“Henos aquí yo y tú –así se inicia el diálogo entre Elredo e Ivo– y, espero, el tercero entre nosotros, Cristo”¹⁶⁷.

La reciprocidad amistosa, bipolar y amante, es eficaz: produce un incremento de interioridad. Partiendo de una experiencia humana, los amigos descubren su profundidad y su altura divina y, sin embargo, aún en el amor sobrenatural al que ambos han llegado, no hacen abstracción de lo que de personal hay en el otro¹⁶⁸. Tanto el otro como Cristo, son amados **por sí mismos y juntos**: el primero no es ya un límite sino ocasión para la propia perfección. Cada uno va a Cristo y al otro, **a Cristo por el otro y al otro en Cristo**, el cual es inmanente a todo amor entre los hombres, y va al otro por la caridad *de amistad* –como repetiré– y no en forma idolátrica, que no consiste en amar demasiado a la criatura sino en amarla mal, sin Dios o contra

¹⁵⁹ *Am* 79, p. 152.

¹⁶⁰ Ch. DUMONT, *L'Amitié spirituelle d'Aelred de Rievaulx*, en *op. cit.*, en nota 2, cf. p. 355.

¹⁶¹ Cf. ELREDO, *Am* III 37, p. 137: Elredo dice que la amistad tiene leyes.

¹⁶² *Am* I 8, p. 85: también I 10, p. 86 y II 20, p. 110.

¹⁶³ *Am* I 16, p. 87.

¹⁶⁴ *Am* I 10, p. 86.

¹⁶⁵ *Am* II 20, p. 110.

¹⁶⁶ Cf. *Am* III 83, p. 154.

¹⁶⁷ *Am* I 1, p. 83.

¹⁶⁸ Cf. *Am* III 62, p. 145: “El amigo fiel no se preocupa mucho de lo que está fuera del ánimo del amigo. Abraza las virtudes en su propia sede. Considera extrañas las otras cosas; si están allí, no les da importancia; si no están, no las busca”.

Dios, que es el único que la hace amable¹⁶⁹ (incluso la idolatría es una forma de relación, pero un modo no vital de relacionarse, y esta forma idolátrica consiste en considerar al otro todo para nosotros, lo cual se supera cambiando la forma de la relación; de lo contrario, la relación con él se hace mortífera¹⁷⁰). Aunque hay una fase idolátrica, es decir, aunque uno se identifica con el otro, si la identificación es totalizante, la relación, **la alteridad, debe conjugarse con la ulterioridad. Si el nosotros está cerrado, produce la muerte.**

Es Cristo con Su Presencia quien ilumina el misterio, el *sacramento* de la amistad, de modo que la fe llena de esperanza de los amigos, gustando del Don del Señor que se hace presente sensiblemente al “tú” de ellos, llega a captar la **verdad simbólica** de la relación amistosa.

Desde la primera frase del diálogo con Ivo, Elredo nos hace entender que la amistad une en una comunidad espiritual o comunión, en un “nosotros” que se perfecciona en la unión con Cristo, verdadero “yo” de cada uno de los dos amigos, y que es símbolo de la intimidad de cada uno con Dios. Estar unidos en su Nombre¹⁷¹ significa también buscarlo y amarlo juntos, vivir y experimentar la amistad como relación de tres, en la cual Jesús, el amigo por excelencia, se asocia a los amigos y los une mediante su influencia en ellos, cada día más profunda. Entonces se hace fácil y espontáneo pasar del afecto por el amigo, de la amistad humana, a la amistad con Cristo¹⁷².

Y ya no parece “no natural **el paso del Cristo que inspira el amor con que amamos a los amigos, al Cristo que se ofrece como amigo para amar.** Es una suavidad que sigue a una suavidad, una dulzura que sigue a una dulzura, un afecto que sucede al afecto. **Así el amigo que se une al amigo en el espíritu de Cristo, se hace con él un solo corazón y una sola alma. Y subiendo los grados del amor hacia la amistad de Cristo, se hace un solo espíritu con él, en un místico beso**”¹⁷³.

Para explicar cómo se pasa de la amistad espiritual humana a la unión mística con Cristo, Elredo recurre a la *metáfora del beso*: el alma acostumbrada al “beso espiritual” que el amigo le ofrece “con el afecto del corazón; no uniendo los labios, sino mezclando los espíritus”, es más, que Cristo mismo le “ofrece no con Su boca, sino con la del otro”, llega a darse cuenta de que **el otro es el emerger con el que Cristo la pre-ama, es el signo viviente y real de Cristo**, y que **la propia preferencia personal del amigo no sólo es don de Cristo sino que se está convirtiendo en preferencia de Cristo**: “con la certeza” de que la dulzura del beso espiritual «viene de Cristo, el alma medita en su interior y dice: “¡Oh, si se acercara Él en persona! Que Él me bese con el beso de Su boca” [Ct 1,1]. Así, sosegados todos los amores terrenales... goza sólo del beso de Cristo y reposa en su abrazo...»¹⁷⁴.

La doctrina elrediana de los *tres besos* –corporal, espiritual e intelectual [o místico¹⁷⁵]¹⁷⁶– presenta pues el itinerario del alma que, por medio de la experiencia amistosa humana y su evolución, llega al deseo de una unión más íntima con Cristo.

¹⁶⁹ M. NÉDONCELLE, “La quête de l’amour: Tristan ou Parsifal?”, en *Vérité et vie* 27 (Humanités chrétiennes, Strasbourg [1954-1955]) 22-26, cf. pp. 24-25.

¹⁷⁰ Se podría decir que el niño tiene una relación idolátrica con su madre: ella es todo para él, o mejor, él es todo. Esta forma de relación idolátrica sigue permaneciendo con un potencial de crecimiento.

¹⁷¹ Cf. *Mt* 18,20, la Palabra de Cristo que asegura: *Donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy en medio de ellos.*

¹⁷² Para el paso o transformación de un sentimiento en el otro, cf. ELREDO, *Spec* III, XXVIII 66, p. 276 (“De hecho, con extremada sutileza, a veces surge un sentimiento que termina en otro totalmente diferente o por lo menos, notablemente transformado”); y, para la ejemplificación positiva del fenómeno: IV 9, p. 236 (de la caridad hacia los padres “nuestro amor pasa a aquellos con los que estamos unidos por el vínculo de una íntima amistad...”); XXV 58, p. 271 (“el sentimiento de gratitud se transforma en racional; a aquél a quien comenzamos a amar porque nos resultaba simpático, comienza ahora a ser amado porque está adornado de virtud”); por lo tanto *Am* I 44, p. 94 (de una amistad interesada y con un objetivo terreno, se llega a una amistad más madura); II 18-27, pp. 109-112; III 87, p. 155: “por una cierta semejanza, es fácil el paso de la amistad del hombre a la de Dios”; 133-134, pp. 175-176.

¹⁷³ *Am* II 20-21, p. 110.

¹⁷⁴ *Am* II 26 y 27, p. 111 y p. 112.

¹⁷⁵ *Am* II 21, p. 110.

¹⁷⁶ *Am* II 24, p. 111.

El beso *corporal* se da con los labios, se ofrece y se recibe en circunstancias especiales, es signo de reconciliación de los enemigos, de paz en la liturgia, de amor en los esposos, de alegría por un encuentro “después de una larga ausencia”, de unidad en la fe católica, de acogida de un huésped¹⁷⁷, pero puede ser también signo de adulterio¹⁷⁸. El *beso espiritual*, en cambio, es el de los amigos: no se da con el contacto de la boca sino con el afecto de los corazones y la unión o mezcla de los espíritus¹⁷⁹; en él, preparado por la acción purificadora del Espíritu Santo, está presente Cristo, quien besa al amigo con la boca del otro e inspira el purísimo afecto que hace de los dos amigos “casi una sola alma en diferentes cuerpos”¹⁸⁰. Finalmente, el alma habituada al beso espiritual, y no teniendo ninguna duda de que toda su dulzura viene de Cristo, suspira por el beso místico, extático o intelectual, infuso por la gracia del Espíritu de Dios¹⁸¹.

Si de la experiencia de amistad somos conducidos al deseo de una unión más íntima con Cristo, es necesario hacer notar, sin embargo, que **la relación con el prójimo humano es irreductible a la relación con Cristo**, es decir, **no se reduce ni desaparece en ella**, sino que es un encuentro que sigue abriéndose a un horizonte más amplio: la mediación humana no excluye sino que hace posible e integra la relación con Cristo, se convierte en medio de desarrollo, de revelación y de apertura a una Presencia nueva y más rica, la Presencia divina (es decir, que no significa, como dije antes, que el amor de amistad es únicamente medio para el amor de Dios, siendo ya el amor divino hecho partícipe).

Una consecuencia de todo lo que acabo de exponer es el hecho de que el paso a un beso superior no implica el abandono sino el enriquecimiento del beso precedente¹⁸². En otros términos, significa tomar en serio la amistad, así como hace Elredo, lo cual implica una concepción de lo *espiritual* que no sólo no se opone a lo *corpóreo*, sino que por el contrario allí se manifiesta, aceptando que los gestos con los que éste se expresa –por ejemplo, el beso– puedan convertirse en *epifanía* de los propios gestos divinos. En síntesis, es una concepción que no pierde nunca el contacto vital con la realidad concreta y que aclara de una vez por todas que **el ir a Dios no puede darse a expensas de lo humano más verdadero**: es un camino que desciende hasta lo humano y que de él asciende a lo divino, pero que puede recorrerse íntegramente sólo en la vía de la revelación y del amor redentor, insertándose en una economía en la que los valores más elevados no existen sin lo humano y en la que la capacidad de estar contenidos en él es signo y figura de lo divino.

La amistad, madurando, consolidando el afecto con la unión de las almas, se acrecienta con la vida divina –“con la infusión de la gracia por parte del Espíritu de Dios”¹⁸³–, se diviniza con el contacto de Cristo, cuya amistad los amigos buscan en la suya, terminan buscando, deseando y gustando sólo de Él y de Su dulzura, anhelan de ahora en más directamente el beso de Cristo **hasta ahora saboreado en la boca del amigo**. El cual, con su afecto humano, es signo del amor personal, humano y divino de Cristo por él o, para decirlo con términos paulinos, le hace ver *como en un espejo* (1 Co 13,12) la realidad *mayor de todas* (v. 13) que todavía le espera.

Añadiendo a todo lo expuesto por Elredo en el *Speculus caritatis*, podríamos decir que, así como en el amor por Cristo se atraviesa el velo de la carne de Cristo para abrazar la divinidad, también hay un pasaje en el que ha orientado su afecto a la carne del Señor y

¹⁷⁷ *Ibid.*

¹⁷⁸ Cf. *Am* II 25.

¹⁷⁹ Cf. *Am* II 24 y 26.

¹⁸⁰ *Am* II 26, p. 112.

¹⁸¹ Cf. *Am* II 27, p. 112.

¹⁸² Cf. B. OLIVERA, *Amore e Amicizia? L’Uomo, dualità dinamica: il Tu che interpella. Linee di antropologia teologica* (próximamente será publicado [Roma 2001]: manuscrito, p. 24.

¹⁸³ Cf. *Am* II 23 y 24, p. 111. En el beso espiritual de los amigos, «el Espíritu de Dios [cuando “los dos espíritus se encuentran, se mezclan y se unen”]: *Am* II 23, p. 110] vuelve todo casto, infundiendo con Su presencia un perfume celeste. No sin razón lo llamaré beso de Cristo, que Él ofrece no con Su boca, sino con la del otro. Él, que ha inspirado a los amantes aquel purísimo afecto que les parece tener casi una sola alma en diferentes cuerpos. Dice el Profeta: “Qué dulzura, qué delicia habitar los hermanos unidos” [*Sal* 132,1]» (*Am* II 26, pp. 111-112; cf. II 21, p. 110).

reposado en la alegría de la caridad fraterna¹⁸⁴: es el pasaje **del afecto espiritual del amigo al abrazo del Señor**.

La amistad, pues, comienza en Cristo, se desarrolla en Cristo y pone en Cristo su fin y su perfección. La **oración** por el amigo lo verifica en grado sumo: cuando nos dirigimos a Cristo por él, es a Cristo a quien nos adherimos con amor y deseo y gozamos de la suavidad de Cristo, para *pasar*¹⁸⁵ luego del abrazo amistoso humano al de Cristo, esperando extenderlo a todos en la eternidad.

“Orando a Cristo por el amigo... a él nos adherimos con amor y deseo... Prácticamente tocando de cerca la dulzura del mismo Cristo, comenzamos a gustar qué dulce y a sentir qué suave es.

Así, de aquel santo amor con el que se estrecha a un amigo, se asciende a aquél con el que se abraza a Cristo. Feliz, gustará entonces a boca llena el fruto espiritual de la amistad.

Espera más tarde la plenitud de todo... [que sea eliminado cualquier temor del uno por el otro, todo sufrimiento, y gocen la seguridad] (...)

Porque entonces esta amistad, a la cual por ahora somos admitidos unos pocos, se expandirá a todos y de todos afluirá hacia Dios, cuando *Dios sea todo en todos*¹⁸⁶.

Quiero observar que, incluso psicológicamente, la concepción elrediana del *pasaje* es muy interesante: subraya la mediación del amigo como **presencia-promesa**, para lo cual es necesaria una madurez personal que se refleje en la interpersonal; en caso contrario, el otro no es “promesa” sino obstáculo para el crecimiento humano, y reclama el principio de la *autonomía funcional*, es decir, que el hecho de que nuestros motivos actuales maduren, puede hacer que tengamos una tensión distinta de la inicial, a partir de la cual se han desarrollado, y se conviertan en funcionalmente autónomos¹⁸⁷. Los motivos del adulto cambian y crecen, se derivan de sistemas precedentes, pero son funcionalmente independientes de aquellos y, en la práctica, es el vínculo con el pasado lo que se transforma: una persona puede comenzar a concretar una amistad por algún interés, pero gradualmente, a través del compromiso en la relación, el motivo precedente cambia de tal manera que, así como en un momento era extrínseco e instrumental, se convierte luego en **intrínseco**¹⁸⁸, el medio se convierte en fin¹⁸⁹.

4. La amistad, forma de Caridad

El hecho de que para hablar de la amistad se debe recorrer un *iter* de cuatro grados – elección, prueba, aceptación y perfecto acuerdo con el amigo sobre las cosas divinas y humanas–, todo un camino cuesta arriba “con la finalidad de llegar a la cumbre”¹⁹⁰, muestra cuán difícil y vinculante es la amistad, siempre capaz de seguir desarrollándose¹⁹¹, y la revela además como **una forma de caridad**, que Elredo articula también en grados –amor de sí mismo, del prójimo y de Dios–, implicados uno en el otro. Igual que la caridad, **la amistad debe ser ordenada**¹⁹² y tiene su negación en la codicia¹⁹³.

He aquí por qué tanto el amor de amistad como el amor al prójimo, **deben respetar el justo amor a sí mismo**¹⁹⁴. Tanto en la caridad amistosa como en la caridad fraterna, **se verifica** el precepto del amor al prójimo como a sí mismo y más allá de sí mismo:

¹⁸⁴ *Spec* III, V y VI, pp. 240-241.

¹⁸⁵ P. M. GASPAROTTO, *Introduzione all'Am*, p. 62, es “La gran doctrina psicológica del *transfert* de los sentimientos y su genial aplicación al pasaje de la amistad humana a la de Cristo”.

¹⁸⁶ ELREDO, *Am* III 133-134, p. 176.

¹⁸⁷ G. W. ALLPORT, *Psicologia della Personalità* (a cargo de A. RONCO), Pas-Verlag-Zürich, Tip. Pro, Roma 1969, cf. p. 209 (simplifiqué extremadamente la exposición del A.).

¹⁸⁸ *Ibid.*, cf. pp. 193-194.

¹⁸⁹ *Ibid.*, cf. p. 201.

¹⁹⁰ ELREDO, *Am* II 8, p. 129 y *Am* III 55, p. 143.

¹⁹¹ Cf. *Am* III 43, p. 116: la amistad surge, se conserva y se hace perfecta. En *Am* III 80, p. 152, dice que “aquí comienza y allá se hace perfecta”.

¹⁹² *Am* III 118, p. 169: “Esta es, de hecho, la amistad ordenada, que la razón guíe al sentimiento...”.

¹⁹³ *Am* III 101, p. 162.

¹⁹⁴ *Am* II 29, p. 113; 44, p. 116.

Como a sí mismo: «Nuestro mismo Señor y Salvador nos ha fijado la imagen de la amistad diciendo: “Ama a tu prójimo como a ti mismo”. He ahí el espejo: “Te amas a ti mismo?”. Sí, ciertamente, si es que amas a Dios, y si eres tal como debe ser quien ha sido elegido para ser amigo... por naturaleza, cada uno se quiere a sí mismo. Sin embargo, si tú no orientas este amor por ti mismo hacia otro, él no podrá ser querido por ti como tú a ti mismo. Aquel que tú amas será como otro tú mismo sólo cuando le hayas traspasado el amor que tienes por ti»¹⁹⁵.

Más allá de sí mismo: “¿Acaso no es innoble que un hombre no ame a su amigo más que a sí mismo, cuando por el contrario cada uno debe pensar pobremente de sí mismo y tener en altísima estima al amigo?”¹⁹⁶.

Pero ese *más allá* nos impulsa aún mucho más allá: en la caridad de amistad se cumple **el mandamiento nuevo**, ya que “el verdadero límite de la amistad [está] en las palabras del Señor, que ha establecido que se debe afrontar incluso la muerte por el amigo”¹⁹⁷.

Calidad de la relación de amistad

Elredo describe varias características fundamentales de la amistad. Comienzo con las facetas que la sustentan, para pasar luego a las que connotan más propiamente la relación amistosa exaltada por él.

“A la amistad **pertenecen de manera especial cuatro cosas: el amor y el afecto, la seguridad y la fruición**. Forman parte del amor los beneficios que se hacen con benevolencia. El afecto está constituido por una cierta dilección que brota de lo íntimo. A la seguridad se refiere la revelación de los secretos y de los proyectos sin temor o sospecha. Con la fruición se relaciona un seguro intercambio, dulce y amistoso, de todo lo alegre o triste que sobreviene; de todo lo que se piensa de nocivo o útil; de todo lo que se enseña o aprende”¹⁹⁸.

La relación de amistad tiene cuatro características fundamentales que se sintetizan en la **familiaridad**¹⁹⁹: amor de benevolencia por el cual nos entregamos al amigo, afecto que sentimos por el otro y que nos llega de su corazón, **seguridad** o también **intimidad**²⁰⁰, que significan **confianza**²⁰¹, por la cual tenemos para el amigo una apertura en profundidad del alma.

Calidad de la caridad de amistad

Aunque estos y otros valores puestos de relieve por el Abad de Rievaulx son ya altamente apreciados en el ámbito profano, subrayemos que el plano sobrenatural en que los amigos viven la amistad, les confiere el valor de la **virtud cristiana y específicamente monástica** (cf. la discreción), del esfuerzo ascético sostenido por la gracia.

¹⁹⁵ Am III 69, p. 148: “la codicia es la muerte de la amistad”.

¹⁹⁶ Am II 67, p. 124.

¹⁹⁷ Am II 68, p. 124 (repetido en *ibid.*, 69). Elredo había reclamado esto en I 30, p. 91: “Cristo lo dijo... *nadie tiene mayor amor que el que da la vida por los amigos*”.

¹⁹⁸ Am III 51, p. 142.

¹⁹⁹ Am III 52, p. 142.

²⁰⁰ Cf. Am III 24, p. 133; luego sobre todo 83, p. 154, donde Elredo se basa en la Palabra del Señor que llama a los suyos *no ya siervos sino amigos*, habiéndoles referido *aquello que ha oído de su Padre*, y que en la declaración: *Ustedes son mis amigos si hacen lo que yo les mando*, “ha delineado el modelo de la amistad que debemos seguir: hacer la voluntad del amigo, revelarle todo secreto de nuestro corazón y no ignorar los suyos”.

²⁰¹ Cf. Am III 28, p. 135: “De hecho es un gran bien la seguridad con la cual te fías y confías en el amigo”; cf. también Am III 89, p. 156.

“En la amistad verdadera se avanza perfeccionándose y se goza el fruto gustando la dulzura de semejante perfección”²⁰².

Elredo habla de una comunión entre los amigos construida en **la tolerancia, la paciencia, el respeto y la discreción**²⁰³, además en la simplicidad y la comunicatividad, en la suavidad del trato y la serenidad²⁰⁴, en el **compartir** más pleno –suprimiendo así las palabras “mío y tuyo”²⁰⁵– y en el beneficio espiritual de la **corrección recíproca**²⁰⁶, que es verdadera y noble compasión.

“Ante todo [los amigos] sean solícitos uno para con el otro, oren recíprocamente... uno llore como propia la caída del otro, considere como propio el progreso del otro”²⁰⁷.

“El amigo debe tener compasión del amigo, siendo condescendiente con su debilidad; considerar como propio el vicio de este último; corregir con humildad, sufriendo con él”²⁰⁸. Y todo esto **conformándose y adaptándose al carácter del amigo** y en la verdad²⁰⁹.

Por esa reciprocidad de elección, por ese **sentimiento de atractivo**, que es peculiar de la relación amistosa, incluso los reproches del amigo resultan queridos, justos y hechos con tanta bondad de ánimo que, en lugar de ofender, persuaden. Así la amistad contribuye al mejoramiento personal, ya que se aceptan con gusto las correcciones hechas por quien ama, con delicadeza y persuasividad: **los reclamos que provienen del amor, son acogidos con menos defensas y con mayor disponibilidad**. Si, por definición, la *reciprocidad* es un componente de la amistad, el amigo que corrige no está disponible ante cualquier petición del otro, sino sólo ante aquellas que son fuente de crecimiento, para lo cual, con su amistad, le ofrece la oportunidad.

Elredo dedica un amplio espacio a la *corrección*, muchos de cuyos rasgos subrayan lo que la *RB* pide al Abad y muestran por eso que un amigo tiene con respecto al otro una responsabilidad y una solicitud espiritual, y esto lo ayuda a sí mismo a enmendarse de sus propios defectos²¹⁰: en la amistad uno goza en las confrontaciones del otro de una gran autoridad, porque sus reclamos –ya sea con palabras, con gestos, con la conducta o con la simple presencia– provienen del amor y, como dije, son acogidos con menos defensas y con mayor disponibilidad²¹¹.

He aquí por qué, en la relación amistosa –lo mismo que en la Comunidad monástica– tenemos **ocasiones de ejercitar y aumentar la virtud** –especialmente para ascender en la escala de la humildad de la que habla san Benito en la *RB*, para practicar la obediencia–²¹², y de verdadero crecimiento humano y espiritual para ambos amigos.

“En la amistad, que es el más hermoso don de la naturaleza y de la gracia, el que está en lo alto se abaja, y el que está abajo se eleva. (...) No te pongas nunca delante de tu amigo; pero si eres superior a él..., no tardes en someterte a él...”²¹³.

“Donde no había acuerdo [con mi amigo], me resultó más fácil a mí someter mi voluntad que a él la suya. Donde no había una cuestión de honestidad ni se tocaba la fe y la virtud no sufría, fue

²⁰² *Am* I 46, p. 94.

²⁰³ Se debe escoger el lugar, el tiempo y el modo oportuno para decir cualquier cosa al otro: cf. *Am* III 72, p. 149.

²⁰⁴ Cf. *Am* III 89, p. 156; también 105, p. 164: para “afabilidad” y sobriedad.

²⁰⁵ *Am* III 101, p. 162.

²⁰⁶ Cf. *Am* III 101-113, pp. 162-167.

²⁰⁷ *Am* III 101, p. 162.

²⁰⁸ *Am* III 107, p. 164. También santo Tomás hablará de la misericordia como de una **participación en la miseria del otro**, sobre la base *empática*: *miseri-cors dicitur aliquis habens miserum cor: quia scilicet afficitur ex miseria alterius per tristitiam, ac si esset eius propria miseria. Et ex hoc sequitur quod operetur ad depellendam miseriam alterius, sicut miseriam propriam* (SANTO TOMÁS, *S. Th.*, I, q. 21, a. 3).

²⁰⁹ ELREDO, *Am* III 108 y 109, p. 165.

²¹⁰ *RB* 2,23ss; 32: *deberá amoldarse a todos*, etc.; 40: *y mientras con sus exhortaciones da ocasión a los otros para enmendarse, él mismo va corrigiéndose de sus propios defectos*.

²¹¹ Cf. ELREDO, *Am* III 103, p. 163.

²¹² Cf. *RB* 7; *ibid.*, 72,6: [los monjes] *se emularán en obedecerse unos a otros*.

²¹³ ELREDO, *Am* III 91, p. 157.

mejor ceder al amigo; tolerando los excesos y prefiriendo su querer, con tal que su paz no fuera turbada”²¹⁴.

Más adelante, Elredo habla de un amigo que no le provoca desagrado diciendo públicamente lo que le desagrada, pero que “siempre espera la intimidad” para desahogar sus imaginaciones, comportamiento virtuoso porque no es fruto del temperamento, sino de la amistad.

“A veces sucede que no estoy de acuerdo con él. Pero somos tan respetuosos uno con el otro que muchas veces él prefiere hacer mi voluntad y no la suya: pero más a menudo yo prefiero la suya a la mía”²¹⁵.

“[Con las dificultades] la amistad se consolida y la virtud se hace más probada, ya que el ofendido [por el amigo] no deja de ser lo que era”²¹⁶.

La amistad es la oportunidad de practicar la humildad y la discreción en secreto²¹⁷. Es mutuo sostén y lo es sobre todo para la corrección que el amigo puede ofrecer y recibir²¹⁸.

Elredo alude a la **empatía**, cuando habla de “gozar con las alegrías del amigo, compadecerse con las penas”²¹⁹, lo cual significa participar de la experiencia de otro y requiere cierto desinterés y una notable gratuidad²²⁰, y a la **complementariedad** que se experimenta en la relación amistosa **fundada en la igualdad** de los dos amigos y de su condición²²¹ (y no en el sentido de que se busque en el amigo las cualidades que uno no puede tener²²²). Así la amistad es un verdadero **enriquecimiento personal en el gozo de la felicidad del amigo**. Porque

“Cada uno ama al otro como a sí mismo. Cada uno goza de la felicidad del otro como de la propia y así la bienaventuranza de cada uno y de todos es la suma de la bienaventuranza de todos y de cada uno”²²³.

En efecto, la igualdad es muy importante porque el otro es por definición incomparable, incluso consigo mismo, y un amor que comparara lo cosificaría. La caridad amiga **ama al otro en sí**, por lo que es intrínsecamente y no por lo que tiene, como a alguien que es amable en sí mismo y posee *en sí* la razón por la que es amado.

“El amigo fiel no se preocupa demasiado de lo que está fuera de la intención de su amigo. Abraza la virtud en su misma sede. Considera las otras cosas como extrañas; si las encuentra allí, no les da importancia; si no las encuentra, no las busca”²²⁴.

El amor a la persona no termina en las cualidades naturales, sino que se dirige a la persona²²⁵. La belleza de la amistad reside en la “igualdad” [entre los amigos] dada por la naturaleza” y no en los “aditamentos que la codicia sugiere a los mortales”²²⁶.

²¹⁴ Am III 20, pp. 131-132.

²¹⁵ Am III 37-38, p. 137.

²¹⁶ Am III 49, p. 141.

²¹⁷ Cf. Am III, 24, p. 133.

²¹⁸ Cf. Am III 59, p. 145.

²¹⁹ Am I 20, p. 88. Cf. Spec III, IV 7, p. 234.

²²⁰ L. CIAN, *Cammino verso la maturità e l'armonia*, op. cit., cf. p. 168, escribe que la capacidad de empatía requiere un cierto *desinterés* y una notable *gratuidad*: es la demostración de una valoración positiva fundamental y real del otro, al cual, considerándolo importante, querido, digno de estima, etc., se le regala un tipo de presencia viva, vitalizante, cálida y amable (*ibid.*, cf. p. 165).

²²¹ Cf. ELREDO, Am III 90, pp. 156-157 y 91, p. 157.

²²² Cf. Am III 72, p. 149.

²²³ Am III 79, p. 152.

²²⁴ Am III 62, p. 145.

²²⁵ El mismo Pascal intuirá la inutilidad de un amor dirigido a las cualidades, a pesar de su conclusión pesimista. Escribe B. PASCAL, *Pensieri*, Mondadori, Verona 1973, fram. 335 (= Brunschvicg, fram. 323) p. 199: “Y si me aman por mi ingenio o por mi memoria, ¿me aman verdaderamente a mí? No, porque puedo perder esas dotes sin perderme a mí mismo (...) ¿Se puede acaso amar el alma de una persona en abstracto, independientemente de sus cualidades? No, es imposible, y sería injusto. Por lo tanto, no se ama nunca a una persona, sino solamente ciertas cualidades”.

“La amistad espiritual que es auténtica, se busca no por una utilidad terrena, ni por algún otro motivo extrínseco, sino por la dignidad de la naturaleza humana y por el deseo del corazón humano: siendo por eso fruto y premio en sí misma”²²⁷.

Se puede comprobar la cercanía de este punto de vista de Elredo, con el pensamiento de san Bernardo en el *De Diligendo Deo*: la misma existencia es abundancia, y por ello podemos acercarnos al otro con amor, aún cuando no existan bienes materiales y morales, lo cual es justicia²²⁸. ¡Pero esto no quita, evidentemente, que el verdadero amigo goce especialmente por la bondad del otro!²²⁹.

Con este amor profundo del otro en sí, y por sí mismo, está conectado el **desinterés**²³⁰: no se puede medir la amistad por la utilidad que de ella se espera²³¹. Ella “se busca... por Dios y por sí misma”²³². Por eso no ha comprendido “lo que es la amistad, quien busca en ella una recompensa diversa a ella misma”²³³, aunque –observa Elredo– “para sus cultores existirá la recompensa únicamente cuando la amistad, totalmente empapada en Dios, haya sumergido en Su contemplación a aquellos que había unido”²³⁴.

²²⁶ Cf. ELREDO, *Am* III 90, p. 157. Cf. *Spec* III, XVII 40: “Se debe hacer el bien al amigo por su naturaleza: ya que es un hombre, o incluso un familiar...”.

²²⁷ *Am* 145, p. 94. Ya Cicerón decía que la amistad **no nace de la necesidad**, porque **la utilidad y la ventaja que se buscan no son la causa sino el efecto**. Su origen y su fundamento se encuentran en la naturaleza humana, que, por una especie de instinto, **impulsa a amar a aquellos en los que se transparenta la luz de la bondad y de la honestidad interior**. Aquellos que aspiran a tal bondad se le aproximan, y con esto se sentirán más cerca de *gozar así de la compañía y de la cualidad de aquellos que han comenzado a amar*” (cf. CICERÓN, *De amicitia* IX). Por lo tanto, en concreto, la dinámica normal de la relación amistosa no es la ciceroniana, en el sentido de que no es al inicio sino con la frecuentación y la profundización del conocimiento del otro que se llega a **apreciar sobre todo la bondad y la caridad**.

²²⁸ SAN BERNARDO, *De Diligendo Deo* VIII 23: en su amor carnal, el hombre se hace consciente de la reivindicación hecha de su compañero en la carne, de su *socius*, con el cual comparte la misma existencia y el mismo amor de Dios (*Sic amor carnales efficitur et sociales cum in commune protrahitur*: “así el amor carnal, extendiéndose a la comunidad, se transforma en social”).

²²⁹ Así Aristóteles en su *Ética Eufemia*: “Ahora bien, ya que amar es actualmente usar el objeto amado en cuanto es objeto amado y el amigo es objeto de amor para el amigo en cuanto amigo y no en cuanto es músico o experto en medicina, **el placer que surge de que él es aquella persona** es lo propio de la amistad. De hecho, **se lo ama como tal, no porque es otra cosa**. En consecuencia, si uno no goza porque el otro es bueno, no se trata de la primera amistad [fundada en la virtud y mutuo intercambio de afecto y de preferencia entre los buenos]”, ARISTÓTELES, *Eth.Eud.*, VII 1237b, 40e 5-7, *op.cit.*, p. 127 y p. 129.

²³⁰ ELREDO, *Am* II 61, p. 121: “el consejo en la duda, el consuelo en la adversidad y cosas de este tipo... se deben esperar del amigo. Pero esas cosas deben ser consecuencia de la amistad y no su causa”; cf. también *Am* III 69, p. 148.

Efectivamente el *desinterés*, la benevolencia desinteresada, es la característica peculiar de la amistad. Esto no significa, sin embargo que no haya un intercambio de bienes, de sentimientos y de comportamientos dirigidos a un fin: el hombre actúa siempre con una motivación y sus acciones están siempre acompañadas por resonancias emotivas, conscientes o inconscientes, que lo hacen partícipe de lo que hace. En la relación amistosa, por lo tanto, el *desinterés* se entiende como una actitud psicológica *no egocéntrica*. Ya que en la base de esta relación está el *sentimiento de paridad* que implica una *identificación* entre los amigos (la *identificación* es un proceso psicológico por el cual un sujeto asimila un aspecto, un comportamiento de otra persona y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de esta última), los cuales se sienten simultáneamente participantes de la misma operación afectiva, el *desinterés* indica que *no se trata del replegamiento de la carga afectiva sobre sí, sino la orientación hacia el otro*, y que de él, de su valor, se tiene una *consideración efectiva y profunda*, poniéndolo en el mismo nivel que tiene la importancia de sí mismo (para estas observaciones sobre el *desinterés*; cf. A. RIVA, *Amicitia. Integrazione dell'esperienza umana*, Ancora, Milano 1975, cf. pp. 31-32).

²³¹ Cf. ELREDO, *Am* II 67, p. 123. En palabras de SAN BERNARDO, sería un amor de *mercenario* el que actuara por codicia (*De Diligendo Deo* XII 34), para recibir algo en cambio. Sólo el Amor de Dios *se vuelve* (cf. “*Caritas convertit animas*”) hacia el otro considerándolo como igual. Y el Abad de Claraval había comenzado así la nueva parte del Tratado: “Es verdadera y sincera caridad, digo, la que nace sin más de un corazón puro y una buena conciencia y de una fe no postiza... en base a la cual amamos el bien del prójimo a la par que el nuestro [= *proximi bonum, aequae ut nostrum diligimus*]”.

²³² ELREDO, *Am* III 68, p. 147.

²³³ Cf. *Am* III 62, p. 145, por la fidelidad, que nutre y custodia la amistad.

²³⁴ *Am* II 61, p. 122.

La amistad es “un don gratuito”²³⁵, “el don más bello de la naturaleza y de la gracia”²³⁶, y se podría decir que ésta, justamente por su carácter de gratuidad –*te amo por lo que eres intrínsecamente*–, es la experiencia humana que ayuda, mejor que otras, a conocer el modo de ser de Dios y –como decíamos en otro lugar –(cf. *Am* II 20-21)– a apreciar los gestos humanos que más se aproximan a los divinos.

Pero la amistad, además de desinteresada, es fecunda sobre todo gracias a la **estabilidad**: “La amistad debe ser estable, con una cierta impronta de eternidad, siempre perseverante en el afecto”²³⁷, por lo tanto, fiel²³⁸, porque aquella “que puede terminarse nunca fue verdadera”²³⁹. Elredo agrega a la estabilidad, la exigencia de un esfuerzo constante y continuo que eterniza el vínculo con la característica de la **fidelidad**. El hecho de que los dos valores de estabilidad y perseverancia sean la garantía de eternidad, nos deja entrever que el acto con el que se ama a una persona sobrevive a su muerte, porque se sobrevive a sí mismo: es el amor más fuerte que la muerte.

Luego, como ejemplo del “espléndido espejo de la verdadera amistad”, Elredo habla de la de David y Jonatán, por la igualdad entre los dos y porque Jonatán prefirió el amigo a sí mismo: “Esta es la verdadera, perfecta, estable y eterna amistad... (...) Vete, pues, y haz tú lo mismo”²⁴⁰.

La amistad es exigencia evangélica (cf. *Lc* 10,37: “Vete, pues, y haz tú lo mismo”) y, al igual que el amor fraterno, tiene una sacralidad propia. Por eso, incluso aunque haya motivos serios para romperla, no se podrá hacerlo de golpe, sino que “se la podrá deshacer de a poco”, con delicadeza y de modo de mostrar “que siempre quedan huellas [en otro lugar dirá *respeto*”²⁴¹] de la antigua amistad”²⁴². Ciertamente que se la podrá y deberá cortar por razones gravísimas²⁴³, pero sin abandonar nunca la caridad²⁴⁴.

En dicha estabilidad de la amistad no es difícil ver un reflejo de la *stabilitas* de la familia monástica²⁴⁵, en el sentido de que es la constancia en el ejercicio del arte espiritual la que le confiere orden y fruto.

Otras características de la amistad según el Abad de Rieval son también **la pertenencia mutua y la comunión**.

“... una vez elegido [el amigo] debe ser tolerado, tratado, seguido de manera que él sea tuyo y tú de él, tanto en los asuntos corporales como en los espirituales. De modo que no exista división en el ánimo, en el afecto, en la voluntad y en la opinión”²⁴⁶, sino más bien “querer y no querer las mismas cosas” y “perfecto acuerdo en las cosas divinas y humanas con caridad y

²³⁵ *Am* III 70, p. 148.

²³⁶ *Am* III 91, p. 157.

²³⁷ *Am* III 6, p. 128; también III 44, p. 139: «La amistad de hecho es eterna, como está escrito: “En todo tiempo ama al que es tu amigo”»; 121, p. 88: “La amistad es perenne”; y 23, p. 89: “El que es amigo ama para siempre”; luego III 20, p. 131: “una vez que te has vuelto mi amigo, nunca más será posible que no te ame”; una amistad cierta y estable da una gran alegría: III 66, p. 147.

²³⁸ Cf. *Am* III 88, p. 156. Y antes, *Am* III 42, p. 139, y 65, p. 146: la fidelidad del amigo se experimenta y se mide en el secreto; “Los amigos... no deben confiarse todo ni los secretos más profundos. Comenzarán por confiarse lo menos escondido y lo menos importante... Sin embargo, con precaución... Si en esto fueron fieles... cosas de más importancia” (*ibid.*, 65-66, pp. 146-147).

²³⁹ *Am* III 48, p. 141: es un pensamiento de san Jerónimo, ya citado en I 24, p. 89 y 68, p. 101.

El reconocimiento de la impronta de la eternidad en la amistad, nos permite decir que en esta realidad hay una cierta superación del límite espacio-tiempo: es un sentimiento que no disminuye con la separación, ni siquiera a raíz de la muerte. Psicológicamente se comprende, considerando que la amistad es la unión de la afectividad y del amor: en ella están sintetizados los dos elementos que califican la posesión del otro y la donación al otro. Esta síntesis que implica la Conciencia del Yo en su facultad cognoscitiva y volitiva (amor) y en sus sentimientos (afecto), es tal que pone al Yo en condiciones de salir de su propia soledad para comunicarse en el otro, superando el límite del espacio y del tiempo.

²⁴⁰ *Am* III 96, pp. 159-160.

²⁴¹ *Am* III 57, p. 143.

²⁴² *Am* III 52, p. 142.

²⁴³ *Am* III 41, pp. 138-139.

²⁴⁴ *Am* III 44, p. 140. También *Am* III 57, pp. 143-144.

²⁴⁵ *RB* 4,78.

²⁴⁶ ELREDO, *Am* III 7, p. 128. También III 22, p. 132.

benevolencia”²⁴⁷. “Hace de dos una cosa sola. Por lo tanto, al igual que aquello que es uno no puede ser separado de sí mismo, del mismo modo la amistad no puede ser separada de sí misma”²⁴⁸.

La comunión entre los dos amigos es tan total, que lo que pertenece a uno pertenece al otro para ser después de todos los miembros de la comunidad²⁴⁹, doctrina que encontrará una perfecta resonancia en Balduino de Ford²⁵⁰. Y **mutua pertenencia no significa exclusividad**, ya que cuantos más amigos se tienen más feliz se es²⁵¹, porque el amor por el amigo y por tantos amigos no sólo no se divide y **no se limita** a ellos, sino que **redunda en beneficio del amor hacia todos los demás miembros de la Comunidad, intensifica el amor fraterno**.

“... paseaba por los claustros del monasterio, en medio de una corona de queridísimos hermanos...; no encontraba entre tantos ni uno al que no amase o de quien no fuera amado; y todo esto me inundaba de tanta alegría que superaba todas las delicias de este mundo. Sentía que mi aliento se difundía en todos y que el afecto de todos pasaba a mí, de modo que podía decir con el Profeta: ¡*Qué hermoso y alegre es vivir unidos como hermanos!* [Sal 132,1]”²⁵².

Es una confirmación de esto el hecho mismo de que sea este mismo versículo del *Sal* 132,1 el que Elredo aplica más adelante al amor fraterno por todos, más –como ya lo había hecho precedentemente– vuelve a citarlo evocando la alegría espiritual que se disfruta en la amistad²⁵³. Si en el *Speculum caritatis* el Abad de Rieval destacaba que al amor del hombre por su prójimo le es absolutamente concedido que sea *preferencial*²⁵⁴, esto está de acuerdo con el orden del amor, con su ordenamiento al amor preferencial de Cristo; satisface la necesidad que nuestro corazón humano tiene, para ser auténtico y sobrenatural, de dirigirse hacia lo que es justo y conveniente amar.

En la amistad, finalmente, como en la caridad, se goza de la **paz, del reposo**.

“Qué más propio de la amistad que una cierta recíproca paz y tranquilidad de ánimo?”²⁵⁵; “es muy feliz el que reposa en el corazón de aquellos con los que vive, amante y amado de todos, sin sospecha ni temor de que alguno le quite o lo aleje de esta dulcísima paz”²⁵⁶.

La felicidad –concepto clave del *Speculum caritatis*–, en *La amistad espiritual* se convierte en aquella condición en la que nos enriquecemos recíprocamente con los valores de la propia existencia, en especial con los espirituales; brota de la completa integración de dos mundos, los amigos, que en el amor, en la caridad de *amistad*, **desarrollan todo su potencial humano en el orden de la gracia**.

Conclusión

²⁴⁷ *Am* III 11 y 8, p. 129.

²⁴⁸ *Am* III 48, p. 141.

²⁴⁹ *Am* III 82, p. 153. Se puede leer, además, ELREDO, *Sermone 26 per Ogni santi: Habent inter se talem unitatem et concordiam ut quidquid est singulorum, hoc est omnium, et quidquid est omnium, hoc est singulorum*.

²⁵⁰ Comentando *I P* 4,8, *Ante todo tengan una recíproca e ininterrumpida caridad*, Balduino de Ford afirmará, basándose en la tradición monástica inglesa: «¿Qué significa recíproca caridad si no “lo que es mío es también tuyo”? Esto es lo que digo cuando hablo de mis bienes con una persona que amo (...)... la recíproca caridad es común y no puede quedar privada de la comunión de amor. Y además de ser recíproca, debe ser también ininterrumpida, pues de otro modo no será ni vínculo de paz ni relación de amor» (BALDUINO DE FORD, *Perfetti nell'Amore, Tract. XV – De vita coenobitica, seu comun. Tract. XVI – Perfectionum religiosorum encomium* [Intr., trad. y notas de E. A. MELLA] Qiqajon, Bose 1987, p. 47).

²⁵¹ ELREDO, *Am* III 78, p. 152 y 82, p. 153.

²⁵² *Am* III 82, p. 153.

²⁵³ *Am* III 131, p. 175; también en *Am* II 27, p. 112.

²⁵⁴ *Spec* III, XXXVIII 106, pp. 308-309.

²⁵⁵ *Am* III 29, p. 135.

²⁵⁶ *Am* III 81, p. 153.

Si queremos abordar el misterio de la amistad con el corazón y la mente de Elredo, no lo podemos separar del Misterio de la Encarnación. Para el Abad de Rieval, el amor de amistad **se convierte en signo y vehículo del de Cristo**²⁵⁷ –en la relación amistosa cada uno es remitido a la alteridad vertical–, así como es signo de Su acción la calidad (gratuidad) y duración (estabilidad) de este amor, que no es sólo humano, sino caridad *de amistad*, **¡don de Dios, que quiere atraernos hacia sí “los unos por medio de los otros”!**²⁵⁸

El amigo es para él “la manifestación en la que se pone de manifiesto que el Misterio te prefiere”, signo viviente y real del Misterio²⁵⁹, y la preferencialidad amistosa es verdaderamente la **“misericordia pedagógica con la que Dios se revela, se comunica de un modo más simple, más fácil, más inmediato, más gozoso, más fecundo con respecto a otros modos de los que se reviste Su presencia”**²⁶⁰. Entonces, el *signo preferencial* es una modalidad de hecho... que Dios ha asumido para facilitar nuestro camino hacia Él y que, por lo tanto, lo hace presente a Él en forma más persuasiva, más cálida y creativa. Si no tuviese esta función, sería una injusticia²⁶¹.

Y hasta tal punto no es así, que Elredo no concibe la amistad en sentido restrictivo²⁶² sino siempre y bajo todos los aspectos *dinámicamente*, desde el momento que es una relación perfectible y que compromete²⁶³ a encaminarse al bien inmediatamente con recta intención²⁶⁴, a vigilar con discernimiento, en primer lugar controlando que se edifique sobre la base del amor de Dios desde la elección cauta del amigo²⁶⁵, y a perfeccionarse gradualmente hasta alcanzar un perfecto acuerdo²⁶⁶, madurando una afectividad verdaderamente oblativa²⁶⁷ que haya superado las motivaciones menos puras y purificado u ordenado el amor.

Para Elredo permanece en primer plano la *perspectiva educativa* según la cual la relación amistosa, fundada en la vida virtuosa y en la práctica de las virtudes monásticas –en la atención, cuidado, comprensión, discreción y corrección recíproca– es el verdadero y propio ejercicio y banco de prueba de la caridad fraterna, que no se agota en el amigo sino que redunda en beneficio del contexto relacional más amplio en el que está inserta –el contexto comunitario–, se acrecienta con la vida divina, se diviniza con el contacto de Cristo buscado junto al amigo y encontrado más fácilmente gracias a Él.

Esta perspectiva educativa hace entender también que la amistad es una perla preciosa, difícil de obtener, porque no cualquiera puede ser el propio amigo sin haber sido *probado*²⁶⁸,

²⁵⁷ NÉDONCELLE dice que la unidad de los dos amores –a Dios y al prójimo– o, si se quiere, su propia identidad, se realiza desde el punto de vista de la mirada del amante, que con una sola mirada los toma a ambos y a cada uno por sí mismos (M. NÉDONCELLE, *Prière humaine, prière divine*, Desclée de Brouwer, Paris 1962, cf. p. 127).

²⁵⁸ *Id.*, *La souffrance, essai de réflexion chétienne*, Bloud & Gay, Paris 1950, cf. p. 65: «Elevarse a Dios los unos por medio de los otros: éste es el plan de Dios».

²⁵⁹ Me inspiré en L. GIUSSANI, *Affezione e Dimora*, Rizzoli, Milano 2001, cf. p. 118.

²⁶⁰ *Ibid.*, p. 283.

²⁶¹ *Ibid.*, cf. pp. 283-284. Y el A. continúa: si la sed de amor que tiene el ser humano no llegara a partir de la presencia de Cristo cuando ha elegido a alguien con predilección, se convertiría en injusta (cf. *ibid.*, p. 288).

²⁶² ELREDO, *Am III* 82, p. 153: “cuanto más tengamos [cuanto más amigos], tanto más felices seremos”. También en *Spec III*, IV 11, p. 238, Elredo demostraba que la amistad no es una relación restringida a un número pequeño de amigos (dado que el hombre puede gozar del amor fraterno y de la amistad –decía– tiene que tener un amor abierto, “que abrace a todo el género humano”, y fuerte, que no “se deje turbar por la ofensa de alguno”).

²⁶³ *Am I* 61, p. 99: “la amistad es natural como la virtud, como la sabiduría y todas las cosas se buscan y se guardan directamente, como bienes naturales, que cada uno utiliza rectamente y de los que no se puede abusar”.

²⁶⁴ *Am II* 59, p. 121: “Por ello los inicios de la amistad espiritual tienen ante todo pureza de intención, la guía de la razón y el freno de la templanza. De ello surgirá un sentimiento suavísimo, que será dulce sin dejar de ser ordenado”.

²⁶⁵ Para lo esencial, verifica con el fundamento de la amistad: *Am III* 5, p. 128; para la elección y la prueba del amigo: 6-7, p. 128; para la aceptación o la atención respetuosa y paciente del amigo: 7, p. 128.

²⁶⁶ *Am III* 8, p. 129: “hay cuatro grados para llegar a la perfección de la amistad. El primero es la elección, el segundo la prueba, el tercero la aceptación, el cuarto es el perfecto acuerdo sobre las cosas divina y humanas...”.

²⁶⁷ *Am III* 108 y 109, p. 165.

²⁶⁸ No cualquiera: Elredo hace la lista de los que se deben *excluire* como compañeros para la amistad, es decir, los coléricos, los inestables, los desconfiados, los chismosos, los escandalosos y traidores, los impuros, los avaros, los ambiciosos y criminales (*Am III* 21 ss., pp. 132 ss.). No de cualquier manera: hay que comprobar las virtudes (60 ss., pp. 145 ss.).

una perla que compense los costos personales no indiferentes de inversión que requiere lo adquirido.

La amistad que se inicia en la tierra en Cristo –y continúa creciendo en Él– no mengua, como la verdadera caridad, sino que se hace perfecta en el Cielo²⁶⁹, es decir, “fructifica tanto en esta vida como en la futura”²⁷⁰. Además de causar su bien más grande, que es facilitar el paso a la amistad con Dios²⁷¹, la amistad da frutos “tanto útiles como santos, tan queridos por Dios, tan cercanos a la perfección”²⁷². No se debe esperar de ella “ninguna otra cosa sino Dios y sus ventajas naturales”²⁷³ y “el fundamento solidísimo de la inmortalidad”²⁷⁴.

Y, justamente, el pasaje del amor humano al amor divino²⁷⁵ relacionado con la plenitud que la amistad pregusta y al mismo tiempo espera en la tierra, con la amplitud del abrazo amigo que un día será finalmente ilimitado –porque se extenderá a todos–, al concluir *La Amistad espiritual*, es una de las obras maestras espirituales más bellas jamás escritas sobre la amistad.

Es así que, si quisiéramos comentar la amistad cantada por Elredo, podríamos decir que el menos celoso de los afectos, porque en este amor *compartir no significa perder* y el gozo de cada uno de los amigos aumenta y no disminuye con la cantidad de aquellos con los que se comparte. Por eso la amistad revela una *cercanía por semejanza* con el mismo paraíso, donde la multitud de bienaventurados aumenta el goce de Dios de cada uno y donde cada alma Lo ve de manera personal, comunicando luego esta visión única a todos los demás²⁷⁶.

Para sintetizar las exposiciones de Elredo, supuesto “que la fidelidad al Señor y al amigo/a, no es un estado sino una realidad interrelacional dinámica que necesita ser continuamente elaborada, profundizada y afirmada” y que “la persona fiel... se esfuerza continuamente por centrarse en su corazón y en la comunión que ya vive para poder relacionarse en la verdad plena”²⁷⁷, podemos decir que en la amistad se encuentra el propio centro fuera de sí²⁷⁸, “vige la eternidad, resplandece la verdad y exhala perfume la caridad”²⁷⁹: *vige la eternidad* reflejada en la estabilidad del vínculo de amistad²⁸⁰, don en el que se pregusta aquello de que los amigos gozarán recíprocamente en el Cielo²⁸¹ y que prepara a la plenitud de todo y al abrazo de todos²⁸², a la perfecta comunión de la vida bienaventurada²⁸³; *resplandece la verdad*, porque el que es compañero de la vida cotidiana puede ayudar al hermano a tener un conocimiento de sí no ilusorio, en una mejor toma de conciencia de sus comportamientos concretos; *exhala perfume la caridad*, emanando el perfume de Cristo (cf. 2 Co 2,15), haciendo experimentar Su dulzura gracias a la elección con toda la fuerza afectiva de lo que la razón juzgó bueno según la fe.

²⁶⁹ Am III 80 y 79, p. 152. Del igual modo, en *Spec III*, XXXIX 108, pp. 309-310, la amistad está inscrita en un horizonte que supera el terreno, porque esperamos ser amigos de todos en plenitud: “Es un goce temporal, del que podemos disfrutar recíprocamente en esta vida... y es un goce eterno, que disfrutaremos también recíprocamente en el cielo... in esta vida nosotros no logramos gozar de la amistad de todos, sino sólo de unos pocos. De hecho, me parece que a nosotros algunos nos sirven como prueba [= los enemigos], otros para instrucción [= los maestros], otros para consuelo [= los ancianos] y otros como sostén [= los que proveen lo necesario] y *solamente aquellos que estrechamos con un cierto afecto suave... nos sirven para la dulzura de la vida y gusto del espíritu*. De estos últimos, pues, podemos gozar incluso en la vida presente, es decir nos podemos servir de ellos con gozo y dilección”.

²⁷⁰ Am II 9, p. 106.

²⁷¹ Am II 18 y 21, p. 109 y p. 110; III 87, p. 155.

²⁷² Am II 47, p. 117.

²⁷³ Am III 61, p. 145.

²⁷⁴ Am III 74, p. 150.

²⁷⁵ Y de este paso Elredo habla justamente 5 veces en el Tratado: Am II, 14, p. 108; 21, p. 110; III 127, pp. 173-174; III 134, p. 176 (la aclaración es de CH. DUMONT, *L'amitié spirituelle d'Elred de Rievaulx*, en *op. cit.*, en mi nota 1, cf. p.).

²⁷⁶ Cf. C. S. LEWIS, *I quattro amori*, Jaca Book, Milano 1982.

²⁷⁷ Esta es la conclusión de B. OLIVERA, *Amore e Amicizia? L'Uomo, dualità dinamica: il Tu che interpella*, manuscrito cit.

²⁷⁸ Cf. ELREDO, Am I 1, p. 83: “Henos aquí yo y tú, y, espero, el tercero entre nosotros, Cristo”. Es como si el misterio de la persona se *duplicara* en presencia del misterio del otro.

²⁷⁹ Am I 68, p. 101.

²⁸⁰ Cf. Am III 6, p. 128 y III 44, p. 139.

²⁸¹ Cf. *Spec III*, XXIX 108, pp. 309-310.

²⁸² Am III 133-134, p. 176.

²⁸³ Cf. *Spec III*, IX 27, p. 248 y Am III 79, p. 152.

La amistad, en síntesis, no es fruto ni del mérito ni de la conquista²⁸⁴, sino una gracia concedida al hombre para amar más fácilmente²⁸⁵ e íntegramente, con todas las fuerzas, para expresar lo mejor de sí mismo y la propia riqueza, para enriquecer al otro, a fin de que también él se haga capaz de dar y para que los amigos compartan la alegría de sentirse vivos²⁸⁶.

Finalmente, si se quiere comprender la originalidad del Tratado de Elredo, la genialidad de la concepción de su Autor, me parece necesario recalcar que la amistad espiritual **consciente de practicar con más seguridad y generosidad las virtudes monásticas**, es una ayuda para responder a Dios según los compromisos de la profesión²⁸⁷. La amistad permite, de hecho, **ascender más fácilmente la escala de la humildad** de la que habla san Benito, porque con el amigo nos ejercitamos espiritualmente para escalar los diversos grados hasta llegar a la caridad perfecta²⁸⁸. Es lo que ha hecho Elredo, al siempre traducir su caridad pastoral abacial²⁸⁹, siempre humildemente²⁹⁰, como humilde caridad fraterna, como Caridad *de amistad*²⁹¹.

Via Remo Pannain, 36 B
00165 Roma
Italia

²⁸⁴ Es un don: cf. *Am* III 91, p. 157.

²⁸⁵ Cf. *Am* I 58-59, p. 98.

²⁸⁶ *Am* II 10-11, p. 106 (cf. I, 55-58, pp. 97-98).

²⁸⁷ En el fondo me encuentro en la misma perspectiva –aunque recalcando otro aspecto– que la conclusión de P. A. BURTON, *A propos de l'amitié dans la doctrine spirituelle d'Aelred*, art. cit., cf. p. 261, cuando recuerda que Elredo cita más veces *Si* 6,16, el amigo es “bálsamo de vida”, y comenta que la amistad es como un oasis de paz aquí abajo, donde nuestras relaciones humanas son menos armoniosas.

²⁸⁸ *RB* 7,67. ELREDO, *Am* III 127, pp. 173-174: “¿No es acaso un parte de bienaventuranza el hecho de amar y ser amado [por el amigo] de este modo?... ¿Y de la dulzura de la caridad emprender el vuelo hacia el más alto esplendor del amor divino? ¿Y en la escala de la caridad ascender ya sea al abrazo del mismo Cristo o descender al amor del prójimo, reposando allí suavemente?”.

²⁸⁹ *RB* 27, 5.8-9 (“Imite también el ejemplo de ternura que da el buen pastor... se va en busca de una sola que se había extraviado; cuyo abatimiento le dio tanta lástima...”).

²⁹⁰ *RB* 64, 13 y 14: “[El Abad] no pierda nunca de vista su propia fragilidad y recuerde que no debe quebrar la caña hendida”, actuando “con prudencia y amor para que vea lo más conveniente para cada uno”.

²⁹¹ En la persona de Elredo, las dos realidades coinciden, el rol de Abad y un testimonio no sólo paterno sino también fraterno, pero todo lo que he dicho es válido también para cada miembro de la Comunidad que, con la palabra o con el ejemplo, pueden indicar al amigo las reprensiones necesarias y útiles para su crecimiento espiritual. Y encontramos una espléndida confirmación de la caridad paterna y fraterna de Elredo en la *Preghiera pastorale* (cf. A. FRACHEBOUD, *I primi spirituali cistercensi*, Borla, Roma 1991, p. 91), en la cual el Abad pide por sus monjes más por simpatía que por deber de estado (también Dom Hoste: cf. *ibid.*, nota 68): “Tú sabes [dulce Señor] que yo deseo serles útiles en la caridad más que dominar sobre ellos, que la humildad me impulse a estar sometido a ellos y el afecto a estar entre ellos, como uno de ellos...”.